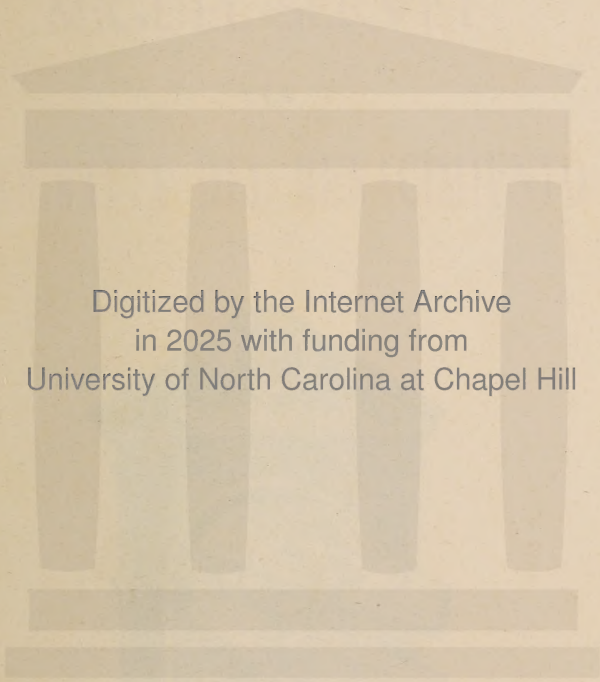
THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

G95
.B8
1929



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

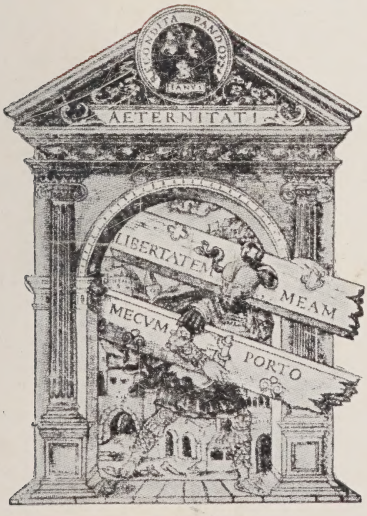
https://archive.org/details/miguelservetylag00bull

ELOY BULLÓN
DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

MIGUEL SERVET

Y LA

GEOGRAFÍA DEL RENACIMIENTO



MADRID
MCMXXIX

MIGUEL SERVET

Y LA

GEOGRAFÍA DEL RENACIMIENTO

MIGUEL SERVET

Y LA

GEOGRAFÍA DEL RENACIMIENTO

POR

ELOY BULLÓN Y FERNÁNDEZ

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA,
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
Preciados, 48
1929

Imp. de Ramona Velasco, Libertad, 31. Madrid.—Teléfono 13140.

AL LECTOR

Este libro es la reimpresión del discurso, que tuve el honor de leer ante la Real Academia de la Historia el día 23 de diciembre de 1928, al ser recibido como miembro de número de dicha Corporación.

Agotada en pocos meses la tirada, no corta, que entonces se hizo y ante las demandas de ejemplares, con que me veo honrado frecuentemente, me decido a darlo de nuevo a la imprenta.

Deseando al mismo tiempo corresponder a la acogida, excesivamente benévola, de que ha sido objeto este modesto trabajo, le he agregado nuevas notas y algunos apéndices. En ellos encontrará el lector la fiel reproducción de importantes capítulos geográficos de Miguel Ser-

vet, los cuales eran hasta ahora de difícil consulta, por ser muy pocos los ejemplares que se conservan de las obras interesantísimas del insigne polígrafo.

He incluído también en esta edición algunos fotograbados y he puesto epígrafes al frente de las distintas divisiones o capítulos para facilitar la lectura.

E. B.

I

Palabras preliminares.—Objeto y plan de este trabajo.

Suele demostrar la experiencia que no son los agradecimientos hondamente sentidos los más ruidosamente proclamados. No extrañéis, por lo tanto, señores Académicos, que siendo tan sincero e inquebrantable el mío por la honra que me habéis dispensado llamándome a compartir vuestras tareas como miembro de número de esta Corporación, no busque palabras sonoras y párrafos elocuentes para ponderarlo. Prefiero remitirme a las obras. Ellas os demostrarán que no sembrásteis en campo estéril para la gratitud cuando me distinguísteis con vuestra confianza. Porque desde hoy mismo que ocupo el puesto de hónor y de tra-

bajo, que me habéis otorgado, he de esmerarme en el cumplimiento de mis deberes académicos, seguro de ser éste el mejor medio de corresponder a vuestra estimación.

Para no apartarme de este buen camino, me servirá de poderoso estímulo el recuerdo imborrable del académico ejemplar, que ha sido mi inmediato predecesor.

Modesto por naturaleza, enemigo del bullicio y de las pompas mundanales, buscó el P. Guillermo Antolín desde muy joven el retiro del Claustro, para entregarse de lleno a la piedad y al estudio, que fueron las únicas aspiraciones de su vida. Pero no puede estar oculta la luz. Vosotros supísteis descubrir al que voluntariamente trataba de ocultarse y le trajísteis a esta Casa y le confiásteis la custodia y la ordenación de sus tesoros paleográficos, y hasta le pusísteis al nivel de aquel gigante de la historiografía, que se llamó el P. Enrique Flórez, cuando por juzgarle, como lo era, digno de tan alto empeño, le en-

cargásteis la continuación de la *España Sagrada.*

Y ¿por qué no, si en su magistral *Catálogo de los Códigos latinos de la Real Biblioteca del Escorial,* la más importante de sus obras, había demostrado cuán vasto era el caudal de su erudición histórica, cuán aquilatada su pericia paleográfica y cuán grande su capacidad para el trabajo?

La muerte envidiosa no ha querido concederle la gloria inmensa, que seguramente habría conquistado al continuar la obra ciclópea del P. Flórez, en cuya prosecución tanto se distinguieron los también ilustres augustinos PP. Risco, Merino y La Canal; pero no podrá conseguir que su nombre se olvide en ningún tiempo entre los amantes de los buenos estudios, porque quedarán como memoria perenne de su valer las obras doctísimas, que trazó su pluma.

El nombre prestigioso del P. Antolín, que será siempre timbre de honor para la Real Academia de la Historia, lo es también para

la ínclita Orden Agustiniana, que cuenta hoy en su seno tantos varones doctos y contó ayer entre sus hijos a escritores tan excelsos, como Alonso de Orozco, Malón de Chaide y Luis de León.

Del siglo del maestro León vengo yo a hablaros en el día de hoy, señores Académicos, aunque tomando, como personaje central de mi discurso, una figura histórica de muy distinta significación que el preclaro autor de los admirables diálogos sobre *Los Nombres de Cristo.*

Fué el insigne maestro de la Universidad de Salamanca columna firmísima de la ortodoxia católica. Fué la personalidad ilustre, de quien voy yo a tratar, el más intrépido y radical de los heterodoxos españoles de aquel tiempo.

No faltan, sin embargo, algunos puntos de semejanza en cuanto a temperamento y cultura entre el príncipe de los líricos españoles y Miguel Servet, que ya habréis comprendido que éste es el hombre singular, a quien me refiero.

Uno y otro fueron caracteres impetuosos,

enérgicos, indomables. Rindieron fervoroso culto a los ideales del Renacimiento, cultivando con afán las lenguas clásicas y empleando su actividad intelectual en el estudio y enaltecimiento de la docta antigüedad greco-latina. Sintieron hondamente los problemas religiosos, y a su meditación y esclarecimiento dedicaron la mayor parte de la vida, aunque llegando a muy diferentes conclusiones. Padecieron, en fin, persecuciones acerbas a causa de sus ideas; pero lejos de rendirse, ni amilanarse ante la adversidad, les comunicó ésta nuevos bríos, a la manera como el árbol vigoroso retoña con mayor pujanza cuando es podado por el hacha del leñador.

Más afortunado Luis de León que Miguel Servet, logró obtener justicia de la Inquisición española, mientras que el intrépido pensador aragonés fué entregado al suplicio por el fanatismo protestante. Pero si una sentencia inicua destruyó prematuramente aquella vida preciosa, que tan importante era para la ciencia, no pudo quitar a la noble víctima de las

pasiones religiosas la gloria de morir como los héroes, porque Servet supo arrostrar con serenidad la muerte, y muerte de hoguera, antes que renegar de opiniones que, aunque equivocadas, eran para él la verdad, "su verdad", y, por lo tanto, digna ante su conciencia de ser defendida hasta el sacrificio.

Es doloroso ciertamente ver a una inteligencia tan vigorosa como la de Miguel Servet desviarse de los principios augustos, que son para los que profesamos la fe católica luz, consuelo y esperanza; pero reconozcamos que hay grandeza moral en la profesión heroica de toda honrada convicción, mientras que no merecen sino el general desprecio los mercaderes de ideas, los *arrivistas* de oficio, los que son siempre desertores de las causas caídas y serviles cortesanos de la fortuna.

No es, sin embargo, mi propósito tratar ahora de las ideas teológicas del célebre heterodoxo español del siglo XVI. Tema es éste, que no está agotado ni mucho menos, pero sobre el cual se han publicado ya extensos e importan-

tes trabajos, debidos a la pluma de notables escritores nacionales y extranjeros.

Tampoco voy a disertar sobre la alta significación de Servet en la historia de la medicina, de la que es uno de los mayores prestigios.

También sobre este aspecto de la vida fecunda e interesantísima del infortunado sabio español se ha escrito ya mucho dentro y fuera de España, habiendo sido estudiado principalmente su prodigioso descubrimiento de la pequeña circulación de la sangre, o circulación pulmonar, que nadie en justicia puede disputarle, aunque algunos escritores extranjeros lo hayan intentado sin éxito.

El fin que yo me propongo en la presente ocasión es estudiar un aspecto poco conocido, aunque muy atrayente, de la personalidad científica del intrépido autor de la *Christianismi Restitutio*. Me refiero a sus trabajos geográficos, tan importantes en sí mismos y tan íntimamente relacionados con la geografía del Renacimiento. Lo están hasta tal extremo que no es posible hacer un serio estudio del des-

envolvimiento y progreso de la ciencia geográfica en el siglo XVI si no se examina y aquilata la ingente labor realizada en esta esfera de los conocimientos humanos por Miguel Servet.

A pesar de lo cual la obra geográfica del insigne polígrafo, es casi en absoluto ignorada aun de las personas doctas.

Claro es que los biógrafos de Servet mencionan episódicamente, como no podían menos, las dos ediciones que publicó de la *Geografía* de Tolomeo en los años 1535 y 1541. Y también algunos autores de monografías histórico-geográficas citan de pasada el nombre de Servet al tratar del florecimiento de los estudios geográficos en la décimasexta centuria. Pero mencionar un nombre o describir tipográficamente una obra y aun añadir algunos renglones de leve comentario externo no es hacer un estudio crítico, que en el presente caso juzgo de todo punto inexcusable, no sólo por la celebridad mundial del sabio de quien se trata, que merece plena luz y ampia investigación

en todos los aspectos de su vida científica, sino también porque, como dije antes y me propongo probar en este trabajo, los escritos geográficos de Servet encierran verdadero valor y constituyen un eslabón, del que no puede prescindirse, en la áurea cadena del progreso científico.

Una vez más se pone aquí de manifiesto el injusto desdén de los españoles hacia nuestras glorias intelectuales. Porque ésta es la hora en que no se ha publicado en España un sólo trabajo, que yo sepa, ni aun siquiera del tamaño de un folleto, consagrado *ex professo* al estudio de la personalidad geográfica de Miguel Servet.

Verdad es que como escribió sus obras geográficas en latín, lengua "que pocos leen y menos la entienden", según decía ya en el siglo XVI el ilustre humanista Pedro Simón Abril, se explica que éstas hayan tenido pocos catadores, ya que los llamados a estudiarlas con competencia, es decir, los geógrafos, no están, por lo general, salvo honrosas excepciones,

sólidamente versados en la lengua del Lacio (1).

Tampoco en el extranjero ha despertado gran interés hasta el presente la personalidad geográfica del insigne médico y teólogo español, a pesar de que su azarosa vida y trágica muerte, así como también sus escritos médicos y religiosos han solido tener en Inglaterra, en Francia, en Suiza y en Alemania no pocos aficionados.

Al emprender este trabajo sobre los escritos geográficos del célebre heterodoxo me propongo estudiarlos en relación con el movimiento científico de la época en que vivió.

Esta relación de la obra de un autor con el ambiente, dentro del cual se produjo, es siempre necesaria cuando se trata de un estudio histórico, pero lo es doblemente en nuestro caso por la estrecha conexión que tienen los trabajos de nuestro geógrafo con los inmediatamente anteriores y posteriores a sus obras.

Por eso he formulado el tema de mi discurso del siguiente modo: MIGUEL SERVET Y LA GEOGRAFÍA DEL RENACIMIENTO.

II

Caracteres generales de la geografía durante los siglos XV y XVI. — El resurgimiento de la geografía greco-romana y el descubrimiento de América.

Dos notas caracterizan a la geografía durante los siglos XV y XVI. La primera es el noble afán, rayano a veces en idolatría, con que se estudian, traducen y comentan las obras clásicas de los antiguos geógrafos greco-romanos. Y la segunda el entusiasmo que inspiran los descubrimientos de nuevas tierras y de nuevos mares, entusiasmo que se advierte, tanto en la preparación y la realización de las empresas descubridoras, como en el interés con que los sabios de Europa recogen y examinan

las noticias facilitadas por los navegantes, utilizándolas para el trazado de mapas y la redacción de libros.

Este último aspecto, el de los descubrimientos, ha sido hasta ahora el más estudiado. Y se comprende que haya sucedido así, porque los descubrimientos geográficos atraen aún a las personas poco versadas en la ciencia por lo que encierran de dramático y de heroico.

Aquellos hombres intrépidos, en su mayor parte portugueses y españoles, que se lanzaban llenos de fe y audacia al descubrimiento y conquista de tierras y mares incógnitos, derrochando valor, padeciendo privaciones y encontrando en su camino aventuras y maravillas, superiores a cuanto pudo soñar la más poética imaginación, han ofrecido y ofrecerán siempre a la pluma del escritor y al pincel del artista materia inagotable para bellas producciones.

Ni aun los más hermosos poemas de la Musa helénica superan en magnificencia a las grandes empresas de la epopeya marítima, que

tuvo por principales héroes a Colón, Vasco de Gama, Magallanes y Elcano. Se explica que Camoens, asombrado ante tanta grandeza, prorrumpiese en aquella arrogante frase:

Cesse tudo o que a Musa antigua canta,
Que outro valor mais alto se alevanta (2).

Se explica también que los historiadores hayan sentido predilección por los grandes navegantes de los siglos XV y XVI, que, ensanchando los estrechos límites del antiguo mundo y completando en lo fundamental el conocimiento del planeta, inauguraron una nueva edad en la historia, la que podríamos llamar edad de plenitud y fase mundial, porque desde entonces no viven ya los hombres aislados en incomunicadas parcelas del Globo, como los presentaba Marco Tulio en el *Somnium Scipionis*, sino unidos y comunicándose mutuamente sus anhelos y adelantos a despecho de todas las distancias y por encima de todas las barreras. Puede hoy decirse con verdad que se ha realizado el ideal de mutua comunicación

entre los hombres, que sólo muy imperfectamente pudo intentar Roma en la Edad Antigua, aunque mereciendo por ello el magnífico apóstrofe de Rutilio Namaciano:

Urbem fecisti quod prius orbis erat (3).

Pero esta gran página de los descubrimientos quedará incompleta y será estudiada defectuosamente si no se hace también el examen del otro aspecto o nota saliente, que yo señalaba en la geografía del Renacimiento, es decir, la que se refiere a la atención y fervor con que los humanistas de aquella época se dedicaron al estudio y comentario de las obras maestras de la antigua geografía clásica.

El resurgimiento de la geografía greco-romana y la gran epopeya descubridora no son dos hechos aislados, sino, por el contrario, tan íntimamente unidos que no se comprende el segundo sin el primero. De igual modo que quedaría realizado a medias el estudio de la resurrección de la geografía clásica si a la obra de los traductores y comentadores de

Estrabón y Tolomeo, Séneca y Pomponio Mela, Plinio y Macrobio, obra al parecer de mero alcance literario y de estéril erudición, no se añade, como en justicia procede, el examen de la influencia enorme que estas eruditas disquisiciones de los renacentistas ejercieron en el descubrimiento de mundos ignorados.

Demuéstrase aquí, una vez más, que no es la materia la que rige el mundo, sino el espíritu; que no es la fuerza física la que manda, sino la idea. Como se demuestra igualmente que en el campo de la ciencia no hay nunca un esfuerzo perdido, porque los trabajos intelectuales de los sabios, aun los que son todavía imperfectos y aun aquellos que parecen quedar perdidos estérilmente aquí y allá en oscuros rincones de la historia, llegan más tarde o más pronto a producir resultados beneficiosos para el progreso de la humanidad.

Por eso no hay en el mundo misión alguna que iguale en importancia y elevación a la que ejercen los sembradores de grandes ideas. Por-

que sembrar grandes ideas es depositar semillas de progreso en el surco de los siglos, fertilizados constantemente por la llegada de nuevas generaciones.

¡Sabios incomprendidos de todas las épocas! No os importe el desdén, ni la persecución, ni la muerte misma, con que os remunere la ingratitud de vuestros contemporáneos. Dejasteis caer sobre la tierra gotas de luz; depositasteis en las entrañas del que podríamos llamar intelecto colectivo de la humanidad gérmenes renovadores; y día llegará en que esa luz ilumine y esos gérmenes fructifiquen a despecho de todas las indiferencias y de todas las presiones y de todas las estulticias.

Esto ocurre en el período de tránsito a la Edad Moderna con los trabajos de los grandes geógrafos greco-latinos, algunos de los cuales parecían perdidos y habían sido total o parcialmente olvidados durante siglos en el mundo cristiano de Occidente, pero que, intensamente estudiados y difundidos ahora por los humanistas del Renacimiento, influyen pode-

rosamente en los descubrimientos geográficos, y sobre todo en el más asombroso de todos ellos, en el descubrimiento de América.

Hoy está plenamente demostrado que el proyecto de Colón de ir a Este por el Oeste, de llegar a las costas orientales de Asia saliendo de las costas occidentales de Europa y navegando siempre por la vía occidental, es el mismo que pocos años antes que él había concebido y expuesto el matemático florentino Pablo del Pozzo Toscanelli, y del cual tuvo Colón indudable noticia (4).

Ahora bien; ¿cómo surgió en la mente de Toscanelli este proyecto de viaje trasatlántico? ¿Cómo el proyecto ideado por Toscanelli y adoptado por Colón se abrió camino entre los hombres de ciencia y los hombres de gobierno hasta lograr el alto patrocinio de los Reyes Católicos y convertirse, por último, en hermosa realidad, que superó todas las esperanzas, puesto que dió de buenas a primeras por resultado inmediato, no el arribar a las costas orientales de Asia, sino algo mucho más

importante, el descubrimiento insospechado de un Nuevo Mundo?

¡Lejos de mí el sostener que todo ello se debió exclusivamente al influjo de las ideas geográficas de antiguos escritores greco-latinos, difundidas por el Renacimiento! No; el descubrimiento de América es un hecho demasiado grande y complejo para que pueda explicarse solamente por esta causa. Sin el progreso, que habían alcanzado la ciencia y el arte de navegar en la segunda mitad del siglo XV, sin el pujante desarrollo de la marina de Castilla, en la que encontró Colón colaboradores de la talla de los Pinzones y Juan de la Cosa, sin el apoyo de muchos hombres eminentes y el decisivo de los reyes Doña Isabel y Don Fernando y, sobre todo, sin la incansable perseverancia y sano optimismo de Cristóbal Colón, es indudable que no se habría realizado entonces el descubrimiento del Nuevo Continente. Pero no es menos cierto que tampoco hubiera bastado todo esto para realizar aquella empresa. Porque todo ello eran, en último término, colabora-

ciones, auxilios, medios de llevar a la práctica una idea atrevida, y la idea en sí surgió en la mente de Toscanelli y en la mente de Colón como consecuencia de las doctrinas de la geografía clásica, difundidas ampliamente por el Renacimiento. Y esta idea inicial logró el concurso de tantas colaboraciones y el apoyo de un gran Estado, porque los escritores renacentistas habían creado un ambiente propicio al desarrollo de la misma. Lo habían creado, en efecto, porque esta idea no era sino la aplicación de principios capitales dentro de los sistemas geográficos de Marino de Tiro y de Tolomeo, sistemas que desde principios del siglo XV se difunden mucho por Europa merced a la versión latina de la *Geografía* del gran astrónomo alejandrino, multiplicada muy pronto por la imprenta e ilustrada por los comentarios de humanistas y matemáticos insignes.

Marino, en el siglo I de la Era cristiana, y Tolomeo en el siglo siguiente, intentaron hacer el mapa general del mundo, y para llegar a

este fin pusieron a contribución los datos de viajeros y navegantes y las construcciones sistemáticas de los geógrafos precedentes. ¿Cuál fué el resultado de sus trabajos? No han llegado hasta nosotros desgraciadamente las obras de Marino de Tiro, pero por la exposición y crítica que de ellas hizo Tolomeo en su *Geografía* tenemos datos suficientes para formarnos idea de su sistema (5); de igual modo que por la exposición y crítica que hicieron Estrabón y Plinio de las doctrinas de Piteas, Eratóstenes, Polibio y otros escritores de la antigüedad, cuyas obras geográficas total o parcialmente se han perdido, tenemos elementos de juicio para conocerlas, aunque no sea con perfección.

Y lo que sabemos de Marino de Tiro, gracias a Tolomeo, es que había dado una extensión desmesurada al mundo habitable en el sentido de las longitudes, es decir, desde las Islas Afortunadas o Canarias, donde coloca el primer meridiano, hasta Sera, Thinæ y Catigara, que eran para Marino, como para Tolo-

meo, el límite de las tierras orientales, llegadas a su noticia. La extensión que Marino da al *Ecúmene* en el sentido de Oeste a Este llega a 225 grados, quedando, por lo tanto, solamente 135 para el resto de la circunferencia terrestre, es decir, según su sistema, para la distancia desde las Islas Canarias al Asia a través del Atlántico.

Añádase a esto que Marino, siguiendo a Posidonio, supuso que la Tierra era más pequeña de lo que realmente es.

Y así vino a resultar que para quien admitiese su doctrina tenía que presentarse como un viaje relativamente corto el ir desde Europa a las costas orientales del Asia por Occidente, muchísimo más corto, desde luego, que dar el rodeo de África, como intentaban los portugueses.

Tolomeo dedicó algunos capítulos del libro I de su *Geografía* a refutar esta exagerada extensión, que Marino había dado al *Ecúmene* en el sentido de la longitud; pero cuando trató él mismo de precisarla, incurrió también en

exageración, aunque menor que la de Marino, pues señala desde Canarias, donde sitúa igualmente el primer meridiano, hasta Thinæ, término de las tierras asiáticas, por él conocidas, 180 grados de longitud oriental (6).

Son, sin embargo, disculpables estos errores, porque los antiguos, que a veces fijaron con acierto la latitud de los lugares, carecieron de aparatos de precisión para medir las longitudes.

Hoy que el progreso científico ha evidenciado estas equivocaciones de Marino y Tolomeo, nos cuesta poco trabajo calificarlas de tales, aunque no sin el respeto que merecen los arduos trabajos de aquellos hombres eminentes, dada la imperfección de medios de que dispusieron. Pero coloquémonos en el siglo XV, cuando la ciencia no había aún demostrado evidentemente la falsedad de esas mediciones terrestres; recordemos la veneración con que los hombres del Renacimiento miraron a los antiguos maestros de la ciencia greco-latina, y nos explicaremos fácilmente

que los sistemas geográficos de Marino y de Tolomeo fuesen aceptados con entusiasmo, aunque unos prefiriesen el del primero y otros el del segundo. Cualquiera de ellos conducía a reputar la distancia entre Europa y Asia por la vía occidental mucho más corta de lo que realmente es.

A lo cual hay que agregar que la prolongación de las tierras asiáticas hacia Oriente recibió nueva adición en la opinión de los doctos, porque añadieron a las regiones del extremo oriental, mencionadas por Marino y Tolomeo, el Catay o China de Marco Polo y más al Oriente aún la isla de Cipango, y las otras de que habla el viajero veneciano. El globo de Martín Behaim, construído en la víspera del descubrimiento de América, refleja este sentir de los cosmógrafos de entonces. En él aparecen muy avanzadas hacia Oriente las tierras asiáticas y próximas, por lo tanto, a las de Europa por el Atlántico, único mar que Behaim suponía existir entre ambos continentes (7).

En resumen: que unidas las noticias de

Marco Polo a las de Marino y Tolomeo, surgía fácilmente en el pensamiento de nautas y cosmógrafos la idea preconizada ya por Séneca de que era fácil en unos días de próspera navegación pasar del extremo occidental de Europa a las que suponían costas atlánticas de Asia (8).

Pero oigamos al propio Cristóbal Colón. En la elocuentísima y altiva carta, que escribió a los Reyes desde Jamaica el 7 de julio de 1503, durante su cuarto viaje, manifestaba claramente su adhesión a las equivocadas opiniones de Marino de Tiro sobre la mucha extensión de las tierras y la corta de los mares. "Tolomeo creyó —escribe— de haber remendado a Marino, y ahora se falla su doctrina bien propincua al acierto. Tolomeo asienta Catigara a doce líneas lejos de su occidente, que él asentó sobre el cabo de San Vicente, en Portugal, dos grados y un tercio. Marino en quince líneas (9) constituyó la tierra e términos..." Y añade más adelante: "E el mundo es poco; el enjuto de ello es seis

partes, la séptima solamente cubierta de agua; la experiencia ya está vista, y la escribí por otras letras y con adornamiento de la Sacra Escriptura, con el sitio del Paraíso terrenal, que la santa Iglesia aprueba: digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo y que un grado de la equinocial está cincuenta y seis millas y dos tercios; pero esto se tocará con el dedo" (10).

Ahora bien; la doctrina de Marino, seguida por Toscanelli y Colón, fué conocida, como indiqué antes, gracias a Tolomeo. Por eso se difundió mucho en el siglo XV, cuando la *Geografía* del gran astrónomo alejandrino fué traducida al latín y reproducida reiteradamente, primero por copias manuscritas y muy pronto por la imprenta. De ahí que tenga tanta importancia en la historia de los descubrimientos esta traducción. La tiene, no sólo por la gran difusión que dió a las ideas de Marino, sino también por la boga, que alcanzó entre los doctos del siglo XV el sistema geográfico del propio Tolomeo, que, como hemos visto, era

asimismo favorable al proyecto de ir por el Atlántico al Asia, ya que prolongó mucho la extensión de ésta hacia el Oriente.

Además, Tolomeo no dice que el Asia terminase por Oriente en el grado 180. Lo que pone en este meridiano es el límite de las tierras de él conocidas por datos que creía auténticos, pero dejaba abierto el camino para que otros, como efectivamente ocurrió, prolongasen enormemente hacia el Este la *terra incógnita* más allá de Sera, Thinæ y Catigara. El mapa de Behaim de 1492 es de ello buena muestra.

En donde se ve que los errores de Marino de Tiro y de Tolomeo condujeron al error de Toscanelli y de Cristóbal Colón. Y de este error salió el más asombroso y fecundo de los descubrimientos geográficos.

III

Extraordinaria importancia concedida a Tolomeo por los escritores renacentistas: Sus causas.

Me he detenido en estas consideraciones sobre la influencia que ejercieron en el descubrimiento de América los escritos de los antiguos geógrafos, y especialmente los de Tolomeo, porque los trabajos geográficos de Miguel Servet fueron principalmente estudios sobre el gran autor alejandrino (11). Por eso quería empezar llamando la atención sobre la trascendencia que tenía en la época del Renacimiento esta clase de trabajos, que tal vez a muchos pudieran parecer meros pasatiempos eruditos sin más alcance que el deleite espiritual de los que a ellos se entregaban.

Cierto que Servet vivió en el siglo XVI, cuando ya los descubrimientos de nuevas tierras y nuevos mares habían puesto de relieve, como el mismo médico español cuidó de advertirlo, los errores de Tolomeo en buena parte de sus doctrinas; pero aún entonces encerraba la obra de Tolomeo gran valor para los hombres de ciencia; primero, por su utilidad para el conocimiento de la geografía antigua, indispensable a historiadores y literatos, y segundo, por el valor perenne de carácter científico, que tiene y tendrá siempre Tolomeo en algunos aspectos de su obra geográfica, como, por ejemplo, en los métodos que propuso para el trazado de los mapas.

El alto aprecio, y más que aprecio veneración, de que disfrutó Tolomeo durante aquella época, sólo es comparable al prestigio de que gozaron Séneca, como moralista, y Tomás de Aquino, como teólogo.

Para los sabios y humanistas de aquellos siglos, Tolomeo fué el geógrafo por excelencia,

o, como ellos solían llamarle, el príncipe de los geógrafos.

Oid a nuestro egregio compatriota Antonio de Nebrija, que en la geografía como en la gramática, y en otras disciplinas, dejó impresa su garra de león. En unos versos latinos con que encabeza su *Introducción a la Cosmografía,* publicada en 1498, dice al lector: "Si quieres conocer las primeras nociones y elementos de los cosmógrafos te bastará este compendio; pero si deseas mayores adelantos, lee los libros que escribieron Estrabón, Plinio y Mela, y los que compusieron Tolomeo, *Príncipe de esta ciencia,* etc." (12).

Por su parte, Miguel Servet escribió con igual resolución en el prólogo de su edición de Tolomeo de 1535: "Fué (Tolomeo) posterior a Estrabón, Plinio y Pomponio Mela; pero superó a éstos y a todos sus predecesores en pericia geográfica" (13).

Nueva prueba del entusiasmo, que inspiró Tolomeo como geógrafo durante los siglos XV y XVI, es el gran número de ediciones que se

hicieron de su *Geografía* durante aquellos dos siglos y la abundancia de comentarios con que fué honrada.

El texto griego no se imprimió hasta el año 1533, en que salió a luz en Basilea en edición preparada nada menos que por Erasmo; pero las versiones latinas corrían ya de mano en mano multiplicadas repetidamente por la imprenta desde el último tercio del siglo XV.

Treinta y seis ediciones de la *Geografía* de Tolomeo enumera Lelewel desde 1475 a 1599; pero aún se quedó corto en la enumeración el docto escritor polaco, porque las ediciones durante los siglos XV y XVI fueron muchas más (14).

¿A qué se debió este gran renombre y señaladísimo aprecio otorgado a Tolomeo por los escritores renacentistas?

Más que daros yo mi opinión prefiero que oigáis a uno de los admiradores de Tolomeo en el siglo XV, y precisamente al que con su versión latina contribuyó más que nadie a darle

a conocer como geógrafo al mundo occidental.

Me refiero a Giacomo d'Angelo, que en el prefacio de su traducción dice, ponderando las excelencias de la obra geográfica del célebre astrónomo alejandrino, y comparándola con los escritos de los geógrafos romanos: "Aquéllos describieron la situación de todo el orbe; pero por sus preceptos no puede saberse con claridad cómo se ha de trazar el mapa del mundo de tal manera que quede guardada la debida proporción de las partes al todo. Además, no nos ilustran sino muy burdamente sobre el modo de referir cada localidad figurada en el mapa a los cuatro puntos cardinales. Y esto se debe a que no nos dan, ni la latitud, ni la longitud de los lugares del mundo habitable a partir de un término fijo, invención verdaderamente admirable" (15).

Finalmente, D'Angelo subraya el valor de Tolomeo por haber enseñado a diseñar mapas particulares de los diferentes países sin perder de vista la proporción con el mapa general del mundo habitable y por haber explicado cien-

tíficamente el modo de representar la esfera terrestre sobre una superficie plana.

Es decir, que lo que más maravillaba a los renacentistas en Tolomeo y lo que les llevaba a dar a éste la preferencia sobre los demás geógrafos eran la claridad y la exactitud, que en él creían encontrar, ya que no se había limitado a decir vagamente dónde estaba tal o cual país, tal o cual ciudad, sino que buscando el rigor científico y aplicando a la geografía el método de las matemáticas, había señalado para cada región, ciudad, río u otro accidente geográfico, los grados y minutos de longitud y latitud.

El tiempo se encargó de ir demostrando que las tan decantadas longitudes y latitudes de Tolomeo estaban plagadas de enormes errores; pero cuando el progreso científico puso de manifiesto estas equivocaciones, la reputación de Tolomeo estaba ya hecha y costó mucho trabajo desmontarle del pedestal, en que le había colocado y venerado casi como a un dios la ciencia renacentista.

El epíteto de divino aplicado al geógrafo de Alejandría era de uso frecuente. Y su crédito llegó a ser tan grande que, a pesar de que muchos *portulanos* de la Edad Media vencían en exactitud a los mapas de Tolomeo, fueron, no obstante, menospreciados, porque no se ajustaban a los cánones del alejandrino, y no tenían con arreglo a éstos el trazado de coordenadas geográficas.

Otro motivo que contribuyó poderosamente al crédito de Tolomeo como geógrafo fué la gran celebridad de que ya disfrutaba desde mucho antes del siglo XV como príncipe y maestro de los astrónomos.

El mundo cristiano de Occidente, que tanto le estudió y admiró bajo este último aspecto, le desconocía casi por completo como geógrafo hasta que la traducción de su *Geografía* al latín, hecha por D'Angelo a principios del siglo XV, comenzó a popularizar sus doctrinas sobre la descripción, medición y representación de la Tierra.

Era natural que en esta nueva manera de considerar al gran sabio de Alejandría pesase mucho la popularidad inmensa, que tenía ya conquistada en estudios tan íntimamente relacionados con los geográficos, como son los astronómicos.

IV

Los escritos astronómicos y geográficos de Tolomeo durante la Edad Media.

Conviene insistir sobre este punto de la doble personalidad de Tolomeo, como astrónomo y como geógrafo, y sobre los distintos tiempos en que bajo uno y otro aspecto ha sido conocido del mundo cristiano occidental. Sin este deslinde se corre el riesgo de incurrir en graves errores sobre el valor de su obra científica y sobre su influencia en la cultura.

Tanto la gran *Sintaxis Astronómica* de Tolomeo, Σύνταξις τῆς ἀστρονομίας, como su obra geográfica, Γεωγραφικὴ Ὑφήγησις, habían sido traducidas al árabe en el siglo IX, durante el período de esplendor del Califato de Bagdad. Al árabe pasaron también entonces las que

podríamos llamar obras astronómicas menores del sabio alejandrino. E incorporados de este modo a la cultura arábiga, los escritos de Tolomeo ejercieron gran influencia en el mundo musulmán, sobre todo la gran *Sintaxis Astronómica,* que los musulmanes llamaron *Almagesto.*

Se comprende este alto aprecio que sintieron los árabes por la *Sintaxis Astronómica* de Tolomeo. Esta obra es algo más que un trabajo personal. Es el resumen metódico y razonado de casi toda la ciencia astronómica del mundo griego. Pitágoras fué más genial, Hiparco más profundo; pero Tolomeo vence a todos sus predecesores por la amplitud de sus conocimientos, por la severa disciplina, con que supo organizarlos en una poderosa síntesis, y por la claridad con que acertó a desarrollar sus doctrinas.

Evidenciado como está hoy el error de la mayor parte de sus enseñanzas, quizá algún espíritu superficial mire con desdén su sistema astronómico; pero cometería con ello una abso-

luta falta de sentido histórico y de espíritu científico.

Las ciencias no nacen perfectas, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Y no sucede así, por la sencilla razón de que los seres humanos carecen de la sublime inteligencia, de que dotó la antigua mitología al príncipe de los dioses. De trocha en trocha, de cumbre en cumbre, va avanzando el humano entendimiento a través de la historia en su difícil, pero gloriosa ascensión al Olimpo de la sabiduría. Y en esta difícil y escalonada marcha tienen siempre un valor positivo y deben merecer perpetua gratitud los esfuerzos que, mezclados de errores y aciertos, realizan los sabios de todos los siglos. El astrónomo Delambre ha podido decir con verdad que Tolomeo "preparó el camino a Kepler, como éste a Newton" (16).

Dado el gran ascendiente que Tolomeo había conquistado como astrónomo en el mundo mahometano, era lógico que no quedasen olvidadas sus obras cuando en el siglo XII, y principalmente por la fecunda iniciativa del

arzobispo de Toledo D. Raimundo, se trabajó con ardor y perseverancia en la utilísima tarea de trasladar al latín, no sólo las obras científicas y filosóficas más importantes de los musulmanes, sino también las imperfectas versiones, que éstos habían hecho en Oriente de gran parte de los autores griegos, aunque en muchos casos no se trataba de versiones directas de la lengua helénica, sino de versiones de versiones, por proceder del siriaco o del persa.

Y, en efecto, muchas de las obras de Tolomeo pasan entonces de las traducciones árabes a la lengua del Lacio (17). Hermán el dálmata tradujo el *Planisferio* en 1143, siendo de gran importancia esta traducción, por no haber llegado a nosotros el original griego de tan interesante opúsculo del sabio alejandrino (18).

Gerardo de Cremona, infatigable obrero de la ciencia, vino a España atraído principalmente por el deseo de estudiar el *Almagesto*, que los latinos de entonces desconocían. Se estableció durante algún tiempo en Toledo, aprendió allí el árabe, y en el año 1165 ter-

minó la traducción al latín de la gran *Sintaxis Astronómica.* Esta traducción latina del *Almagesto* llegó a ser famosísima, porque fué utilizada por la Edad Media cristiana, hasta que en el siglo XV Jorge de Trebisonda hizo una versión directa del texto helénico, la cual tuvo el buen acuerdo de dedicar al esclarecido Mecenas de las letras clásicas, Alfonso V de Aragón.

También fueron traducidos en el siglo XII otros tratados astronómicos de Tolomeo, como, por ejemplo, el *Quadripartitum,* vertido por Juan Hispalense, que es una de las figuras más ilustres del colegio o escuela de traductores toledanos, creada por el arzobispo D. Raimundo (19); pero no hay pruebas de que, ni en aquel siglo, ni los dos inmediatos, se ocupase nadie en traducir a la lengua del Lacio la Γεωγραφικὴ Υφήγησις, o sea los ocho libros de *Geografía* del alejandrino y los mapas, que eran su complemento.

Y no es que esta obra fuese desconocida de los árabes, ya que, como hemos visto, había

sido traducida en Bagdad. Además, no faltaron entre los musulmanes algunos geógrafos que la hicieron objeto de especial estudio, mereciendo ser citado entre ellos nuestro compatriota Aben Said el Magrebí, de Alcalá la Real, que en el siglo XIII escribió una compilación de la *Geografía* de Tolomeo con este título: "Extensión de la tierra en su longitud y latitud" (20).

Tampoco faltaron en el mundo latino algunos códices griegos de la *Geografía* de Tolomeo antes del siglo XV (21).

Es raro, ciertamente, que la *Geografía* del sabio alejandrino, menos afortunada que sus escritos astronómicos, no alcanzase durante los siglos XII, XIII y XIV el honor de ser traducida al latín; pero hasta ahora nadie ha aducido prueba fehaciente de que tal versión se hiciese. Y si algunos autores lo han afirmado, sin probarlo, es porque confunden la *Geografía* con el *Almagesto,* error en que han incurrido escritores ilustres (22).

Como acertadamente observa Renán en su

estudio *Averroès et l'averroisme*, uno de los fenómenos más singulares de la historia de la cultura en la Edad Media fué la actividad del comercio intelectual y la rapidez con que los libros se difundían de un extremo a otro de Europa (23). La misma observación había hecho antes Amable Jourdain, que explica los medios o procedimientos de difusión de las producciones científicas durante los siglos medievales (24). Parece, por lo tanto, improbable que de haber existido una traducción latina de la *Geografía* de Tolomeo antes del siglo XV, hubiese quedado sepultada en el olvido. Por eso, el alto silencio, que guardan sobre el particular los escritores de aquellos siglos y el no haberse encontrado códice alguno anterior al siglo XV que contenga esta traducción, son pruebas de que la versión no se hizo hasta la décimaquinta centuria. Y, en efecto, cuando el humanista Giacomo d'Angelo da Scarperia hizo a principios del siglo XV la primera versión latina que se conoce de la *Geografía* de Tolomeo, presentó su trabajo como una novedad.

V

Primera versión latina de la «Geografía» de Tolomeo: Su trascendencia; sus defectos. — Perfeccionamientos de la misma hasta Miguel Servet. — Edición de 1535 preparada por el sabio español.

La traducción al latín de la *Geografía* de Tolomeo va unida a los orígenes del renacimiento helenístico en Italia, y fué una de sus primeras consecuencias. Sabido es que en la restauración de las letras griegas en la península italiana corresponde lugar eminente al sabio bizantino Manuel Crisóloras, que, invitado por hombres doctos e influyentes, abrió en Florencia cátedra de griego en el año 1396, y supo formar en torno suyo una brillante legión de discípulos, como los tuvo también en otras ciu-

dades italianas, a las que extendió sus enseñanzas. Crisóloras escribió, además, una gramática griega, que fué muy apreciada en aquel tiempo y sirvió durante algunas décadas para la enseñanza de la lengua de Tucídides y Platón.

Pero no fué Manuel Crisóloras mero gramático, aunque este concepto tenía entonces una amplitud mucho mayor que en nuestros días.

El insigne bizantino supo unir a la aridez de los preceptos gramaticales el comentario erudito y ameno de muchas obras maestras del clasicismo helénico. Y ocurrió lo que ocurre siempre que el noble magisterio de las lenguas y literaturas clásicas es ejercido con aciertos de sabio y fervores de apóstol. Aquel sagrado fuego caldeó muchas almas. El entusiasmo del maestro se comunicó a los discípulos. Y era natural que algunos de éstos, deseosos de adquirir reputación y de comunicar a sus conciudadanos los tesoros de la literatura helénica, se dedicasen a la noble tarea de trasladar los textos griegos a la lengua latina, entonces

tan difundida entre las gentes ilustradas.

No me detendré a enumerar muchas versiones debidas a discípulos de Crisóloras (25). Bástame decir que uno de estos fué Giacomo d'Angelo, que además de poner en latín los ocho libros de la *Geografía* de Tolomeo, tradujo algunas biografías de Plutarco.

En la dedicatoria a Alejandro V habla D'Angelo del intenso movimiento literario, que animaba entonces a Florencia y dedica un recuerdo a su maestro Crisóloras, de quien dice que había comenzado la versión del geógrafo alejandrino.

Ni los códices del siglo XV, que nos han transmitido la traducción de D'Angelo, ni las ediciones impresas, que se hicieron durante aquella centuria, nos informan de la fecha en que fué terminada; pero es fácil señalarla con aproximación sin más que atender a la dedicatoria que, como ya he dicho, va dirigida al papa Alejandro V. Este pontífice, elegido por el Concilio de Pisa con el malogrado propósito de poner término al gran cisma de Occidente,

reinó desde el 26 de junio de 1409 al 3 de mayo de 1410 (26). Cabe, por lo tanto, afirmar que la versión de D'Angelo se concluyó lo más tarde en los primeros meses de este último año.

Muy pronto comenzó a difundirse entre los doctos el trabajo del humanista de Florencia. En el año 1412, o lo más tarde en el de 1413, terminaba el cardenal Pedro d'Ailly su *Compendium Cosmographiae,* complemento de su *Imago Mundi,* y en él está ya utilizada la versión de D'Angelo. No ocurre lo mismo con los escritos geográficos del Cardenal anteriores a aquella fecha. En ellos se advierte la influencia de Tolomeo astrónomo, pero no la de Tolomeo geógrafo. Lo cual constituye una prueba más de que no hubo versión latina de la Γεωγραφικὴ Υφήγησις, anterior a la de D'Angelo, porque de haber existido, es seguro que la habría conocido un hombre como el cardenal D'Ailly, tan erudito, tan apasionado por los estudios geográficos y tan admirablemente situado para la exploración de las bibliotecas y archivos medievales, dados los altos puestos

que ocupó y sus relaciones con los hombres más ilustrados de aquella época.

Pero por grande que sea la importancia de la traducción de D'Angelo en la historia de la geografía, conviene no olvidar los defectos de que adolecía en punto a fidelidad y exactitud. Y no ciertamente porque D'Angelo desconociese el griego, que parece haber aprendido suficientemente de labios del ilustre Crisóloras, sino porque la obra geográfica de Tolomeo, que contiene figuras geométricas, cálculos matemáticos y muchas palabras técnicas, no podía ser traducida con perfección sino por quien a la vez que helenista fuese hombre de ciencia, seriamente versado en geografía, astronomía y matemáticas.

Además, el discípulo de Crisóloras dió por terminado su trabajo con la tradución de los ocho libros geográficos, y no se extendió a poner también en latín los mapas, que desde muy antiguo acompañaban a los códices griegos de la *Geografía* de Tolomeo. Estos mapas, tal como han llegado a nosotros, no son obra del

propio Tolomeo. Los trazó algunos siglos más tarde Agathodemon; pero reflejan fielmente el pensamiento del maestro y están por entero ajustados a sus enseñanzas.

De ahí que por tener estas cartas geográficas tanto interés fuesen muy pronto traducidas como complemento de la versión de D'Angelo. Y, en efecto, son muchos los códices de los dos primeros tercios del siglo XV, en que a continuación de la versión del florentino, se insertan los mapas antiguos, bellamente dibujados y con las nomenclaturas puestas en latín. Uno de estos códices se guarda con merecido aprecio en la Real Biblioteca del Escorial, en donde he tenido el placer de estudiarlo. Perteneció al gran Mecenas del Renacimiento italiano, Alfonso V de Aragón, y es verdaderamente regio por la esplendidez y elegancia con que todo él está trabajado. Los mapas que contiene son los 27 antiguos, o sea, uno general, 10 de Europa, 4 de Africa y 12 de Asia, es decir, los mismos que con pequeñas modificaciones fueron después reproducidos mu-

chas veces por la imprenta para dar a conocer gráficamente el mundo descrito por Tolomeo (27).

No faltan, sin embargo, ediciones impresas, tanto en el siglo XV como en el XVI, en las que se inserta el texto de Tolomeo sin mapas de ninguna clase. Así acontece con la de Vicenza de 1475, de la que he visto un ejemplar en nuestra Biblioteca Nacional. El texto de esta edición es la versión de Giacomo d'Angelo (28). Y ésta es también la que, a pesar de los defectos, que antes he indicado, siguió reimprimiéndose reiteradamente durante todo el siglo XV dentro y fuera de Italia. Incluso las ediciones de Ulm de 1482 y 1486, que algunos han considerado como versión nueva, son, como ya observó el ilustre profesor Mr. Gallois (29), mera reimpresión con pequeñas variantes del texto de D'Angelo, salvo en cuanto a los mapas antiguos, que ya sabemos no fueron traducidos por el florentino, y en cuanto a los modernos, que muy pronto comenzaron a adicionarse a los de Tolomeo, o, mejor dicho,

a los que con arreglo a los datos de éste había confeccionado Agathodemon.

Tampoco la edición, que salió de las prensas de Estrasburgo en 1513, y que es una de las más célebres del siglo XVI, se aparta gran cosa de la traducción de D'Angelo. Los varones doctos que prepararon esta edición, entre los cuales figuró el famoso Martín Waldseemüller *(Hylacomilus)*, conociendo los defectos de que adolecían muchos códices griegos de la *Geografía* de Tolomeo, y queriendo dar una versión más perfecta que todas las precedentes, enviaron a Italia a uno de sus colaboradores, Ringmann *(Philesius)*, para que Francisco Pico de la Mirandula les proporcionase un códice más correcto. Lo hizo así el esclarecido prócer y humanista italiano, que es quien prologó la edición; pero ésta, aunque encierra algunas novedades, como la de dar los nombres griegos de las poblaciones al lado de los latinos, concuerda fundamentalmente en cuanto al texto con la versión de D'Angelo (30).

Para hallar una traducción nueva, aunque

incompleta, hay que llegar al año siguiente, o sea el 1514, en que se imprimió en Nuremberg la versión del primero y parte del séptimo libro trabajada por Werner (31). Werner dice terminantemente en el prólogo-dedicatoria que ha hecho esta nueva traducción en vista de las graves equivocaciones, que afeaban la versión antigua, y que no habían sido subsanada a pesar de que algunos editores modernos presumían de haberlas corregido. *Quamquam hoc aevo non desint qui vetustam illam translationem a se satis correctam emaculatamque in quorundam librariorum praefationibus palam iactitent.* Clara alusión a los editores del año anterior, que anunciaron su traducción como nueva.

Lo mejor del trabajo de Werner, que era insigne matemático, son los comentarios con que ilustró el libro primero, aunque pecan de prolijos; pero la traducción en sí misma no pasó de mediana, porque las letras griegas le eran menos familiares que las demostraciones de Euclides.

Por eso el preclaro humanista alemán, Willibald Pirckheimer, se creyó en el caso de emprender una nueva traducción, que, terminada en el año 1524, no se imprimió hasta el siguiente (32). En el prólogo-dedicatoria se expresa en estos términos, que traduzco del latín: "Dos personas ha habido (que yo sepa) que se han atrevido a traducir esta obra, Jacobo, de Florencia, y Juan Werner, mi conterráneo; pero el italiano, aunque parece haber penetrado los secretos del griego, ignoró las disciplinas matemáticas, resultando así que a veves ni él mismo se entiende, mientras que el alemán, aunque descolló mucho en las matemáticas, se embarulló tanto en las letras griegas, que en muchas ocasiones más oscureció que aclaró el texto traducido."

Añade arrogantemente el literato de Nuremberg que, sin alardear de sabiduría en el griego y en las matemáticas, no teme el juicio de ningún varón recto y docto acerca de su versión, por estar convencido de que era superior en fidelidad y claridad a las anteriores.

¿Lo era en efecto? La justicia obliga a proclamar que sí. Pero hay que tener en cuenta que el trabajo de Pirckheimer resultó grandemente facilitado por haber llegado a sus manos las notas, o más bien acre censura, que de la versión de D'Angelo hizo en el siglo XV uno de los más ilustres astrónomos de aquel siglo, Juan Müller, llamado el Regiomontano o de Regio Monte, por ser natural de Koenigsberg, de Franconia.

Pirckheimer tuvo la lealtad de proclamar el gran servicio que le habían prestado las notas de Müller, y, además, las insertó al final de su libro para autorizar con ellas su nueva traducción (33).

Gran éxito alcanzó este trabajo de Pirckheimer, habiendo contribuído a ello no poco el esclarecido nombre de su autor, que gozó, especialmente en Alemania, de gran reputación como político y como literato. Pirckheimer, inmortalizado por su amigo Alberto Durero en magnífico retrato, fué efectivamente un espíritu selecto, que, además de servir en impor-

tantes puestos a su patria, supo cultivar con lucimiento las letras.

Volviendo ahora a su traducción de Tolomeo, forzoso es decir que, aunque mejor que todas las anteriores, era, sin embargo, mucho menos perfecta de lo que él creía. ¿Por qué? Porque para traducir el texto del alejandrino con absoluta fidelidad no bastaban las matemáticas y el griego. Hacía falta también una depuradísima comparación de los diversos códices, a fin de restablecer el texto primitivo tal como había salido de las manos de Tolomeo.

Esto lo vió claramente el agudo entendimiento de Miguel Servet, a quien la casa editorial de los hermanos Trechsel, de Lyón, confió poco antes de 1535 una nueva edición de la obra geográfica del sabio de Alejandría, que era entonces un libro muy solicitado por las personas cultas.

Un espíritu mediocre y poco independiente se habría limitado a reproducir la versión de Pirckheimer, entonces tan acreditada. Pero Servet, que sabía ver lejos y no gustaba de

marchar por trillados senderos, comprendió que lo primero de todo para dar un texto legítimo era comparar entre sí los diversos manuscritos y depurar el verdadero sentido de los pasajes difíciles con ayuda de la erudición histórica y geográfica.

Y esto fué lo que hizo con paciencia de benedictino, aunque no parece que fueron muchos los códices, que se pudo proporcionar. Utilizó también para su trabajo la edición del texto griego de la *Geografía* de Tolomeo, que acababa de publicar Erasmo en Basilea en el año 1533.

En resumen: que Miguel Servet pudo entregar y entregó a las prensas de Lyón, no una edición más, sino una edición mejor (34). Tomó como base de su trabajo la versión de Pirckheimer, por reconocer que era la menos mala; pero introdujo en ella, con ayuda de los textos griegos, innumerables correcciones, que a creer lo que nos dice en el prólogo ascienden a muchos millares. Y, en efecto, basta hojear su edición de Tolomeo de 1535 para ver cómo

hormiguean en ella las notas marginales e interlineales subsanando las equivocaciones de Pirckheimer.

Este es el primer servicio prestado por Servet a la ciencia geográfica: el de haber perfeccionado la versión de la *Geografía* de Tolomeo, introduciendo mejoras, que habían escapado a la sagacidad y laboriosidad de todos los traductores y comentaristas precedentes. Además, su trabajo no quedó perdido, sino definitivamente incorporado a la geografía del Renacimiento, porque las correcciones por él hechas las aceptó en sus varias ediciones de Tolomeo el gran geógrafo alemán Sebastián Munster, y de éste, o directamente de Servet, las tomaron otros geógrafos de los siglos XVI y XVII, que editaron de nuevo la obra geográfica del astrónomo de Alejandría.

Oíd las palabras con que Munster resume su juicio sobre el trabajo de Servet en el prólogo de sus ediciones de Tolomeo de 1540, 42 y 45. Las traduzco literalmente del latín. "En los últimos tiempos, dos personas han osado

CLAVDII PTOLE
MAEI ALEXANDRINI
GEOGRAPHICAE ENAR-
RATIONIS

LIBRI OCTO.

EX BILIBALDI PIRCKEYMHERI
tralatione, sed ad Græca & prisca exemplaria à Mi-
chaële Villanouano iam primum recogniti.
Adiecta insuper ab eodem Scholia,
quibus exoleta urbium no-
mina ad nostri sectu
li morē expo
nuntur.

*

QVINQVAGINTA ILLAE QVOQVE CVM
ueterum tum recentium tabulis adnectuntur, uariq́;
incolentium ritus & mores
explicantur.

LVGDVNI
EX OFFICINA MELCHIORIS ET
GASPARIS TRECHSEL FRATRVM.
M. D. XXXV.

Portada de la edición de Tolomeo, publicada por Servet en 1535.

trasladar la *Geografía* de Tolomeo a la lengua latina, a saber; Jacobo Angelo, florentino, y Juan Werner, nuremburgense. El primero poseyó la lengua griega, pero careció de conocimientos matemáticos. El segundo, por el contrario, aunque descolló extraordinariamente en las matemáticas, no poseyó la lengua helénica. De ahí que en nuestros días Willibald Pirckheimer, de Nuremberg, tan buen matemático como helenista, acudiese al texto original para darnos una nueva versión más fiel y clara que las anteriores en cuanto era posible. Pero como el transcurso del tiempo había ido viciando el texto primitivo con muchas incorrecciones, que no podían ser subsanadas en un momento, pasaron inadvertidos estos yerros a la diligencia de aquel recto varón. Estas equivocaciones han sido descubiertas después por el perspicacísimo *Miguel Villanovano,* que ha invertido útiles vigilias en el estudio de Tolomeo, enmendando lo incorrecto, enderezando lo torcido e ilustrando con escolios los pasajes más oscuros. Yo he seguido a ambos, acep-

tando la versión de Pirckheimer, pero no rechazando las correciones y escolios de Miguel."

Hasta aquí son palabras de Sebastián Munster, quien, como se ve, no designa al eminente médico y teólogo español por su apellido Servet, sino que le llama Miguel Villanovano o de Villanueva. Este es, efectivamente, el nombre que puso Servet al frente de su edición de Tolomeo de 1535, y también en la reimpresión que de ella se hizo en 1541.

¿Qué motivos tuvo nuestro insigne compatriota para adoptar esta denominación en lugar de su apellido paterno, que había usado en anteriores escritos? ¿Cómo es que le encontramos en Lyón en el año 1535 publicando una obra de geografía? Y puesto que ésta revela la posesión del griego y del latín, a la vez que notables conocimienos geográficos e históricos, ¿dónde y cuándo había adquirido tan vasta cultura?

Preguntas son éstas que se plantean lógicamente al abrir las páginas de la edición de Tolomeo de 1535. Procuraré contestarlas bre-

vemente. Y para ello haré con suma concisión algunas indicaciones acerca de las vicisitudes personales de Miguel Servet antes de que diese a la imprenta en la ciudad de Lyón su notable trabajo sobre Tolomeo (35).

VI

Datos biográficos del geógrafo aragonés. Amplitud de su cultura.—Inconvenientes de la especialización excesiva.

En la primera mitad del siglo XVI era frecuente que jóvenes españoles de grandes esperanzas saliesen al extranjero a completar sus estudios. Como fué también frecuentísimo durante toda aquella centuria el caso de que españoles ilustres enseñasen en las principales Universidades de Europa.

Nuestro Miguel Servet, que había hecho en España los estudios de humanidades, aprendiendo el griego, el latín y algo del hebreo, pasó después a la Universidad de Toulouse para cursar leyes. Pero no se avenía la lenta marcha de los estudios universitarios con la

índole inquieta, arrojada y levantisca de su condición. Servet fué estudiante toda la vida, pero estudiante desordenado y aventurero, que saltaba de unos estudios a otros y de uno a otro país, deseando verlo y escudriñarlo todo, sin someterse a la severa disciplina de la organización académica y al magisterio, muchas veces más solemne que provechoso, de los profesores oficiales.

La ciudad del Garona retuvo poco tiempo al intrépido español. Y durante los meses que allí residió, más que al estudio de la jurisprudencia se dedicó a la lectura de la Biblia y a la meditación de los problemas teológicos, por los que sintió siempre atracción irresistible.

El joven Servet quería ver diversas tierras y tratar con muchas gentes, lo cual después de todo no era dejar los libros, sino leer en el más importante y educador de todos ellos, que es el mundo con cuanto en él se contiene. Llegaban a sus oídos ecos confusos de la ardiente polémica religiosa, que se sostenía entonces en Alemania; impresionaban hondamente su cu-

riosidad las noticias del intenso movimiento artístico y literario, de que a la sazón eran teatro las hermosas tierras de Italia; se hablaba también mucho en Toulouse, como en todas partes, de las hazañas y de los grandes pensamientos del vencedor de Francisco I, Carlos de Austria, soberano de España, emperador de Alemania, rey de Nápoles y Sicilia, señor de los Países Bajos, y para quien heroicos navegantes y soldados españoles estaban conquistando más allá de los mares un imperio mucho más vasto que toda Europa.

Se comprende que Servet aceptase la ocasión, que se le presentó, de entrar al servicio del confesor de Carlos V, Fray Juan de Quintana. Como secretario de aquel insigne religioso siguió a la corte del Emperador, pudiendo viajar, como él lo deseaba, por Italia y Alemania, y asistiendo, entre otros notables acontecimientos, a la coronación de Carlos V por el papa Clemente VII, que tuvo lugar en Bolonia el 24 de febrero de 1530, y no en noviembre del año anterior, como inadvertida-

mente escriben casi todos los biógrafos de Servet, incluso el esclarecido maestro Menéndez y Pelayo (36).

¿No véis aquí en este amor de Servet a los viajes una prueba de su inclinación a los estudios geográficos? Estas andanzas le permitieron hablar, como testigo ocular, de los países visitados y comparar gentes con gentes y tierras con tierras, dando de este modo a la descripción un interés extraordinario. Diré desde ahora que cuando en su edición de Tolomeo de 1535 va a tratar de España, no titula el capítulo: "Descripción de España", sino: "De España y de su comparación con Francia". *De Hispania et de eius ad Galliam comparatione.*

Poco tiempo anduvo Servet mezclado, aunque en lugar subalterno, en la corte ambulante del Emperador. No era aquél el ambiente más propicio para un carácter tan independiente e iconoclasta como el suyo. En 1531 le encontramos actuando ya por cuenta propia en Basilea y Estrasburgo, en donde a la sazón se

discutían apasionadamente los problemas planteados por la reforma protestante. El temperamento ardoroso de Servet no le consintió ser mero espectador de aquellas contiendas. También él tenía algo que decir. Y lo que dijo fué tan radical e inesperado, que produjo enorme escándalo entre los protestantes mismos, no acostumbrados a tanta audacia. Porque es de saber que el joven aragonés publicó en 1531, en Haguenau, población próxima a Estrasburgo, sus *"De Trinitatis erroribus libri septem"*, obra demoledora, en la que exponía doctrinas contrarias al misterio de la Trinidad y a la divinidad de Jesucristo, que sólo admitía en sentido impropio.

Júzguese de la impresión que produciría este *exabrupto* entre los reformistas alemanes y suizos. Pero aún remachó el clavo al año siguiente, en el cual dió a luz, también en Haguenau, sus "Diálogos sobre la Trinidad" *(Dialogorum de Trinitate libri duo: de Justitia regni Christi capitula quatuor)*, en los que, a vuelta de aclaraciones y rectificaciones de

pormenor, reiteraba en lo fundamental su doctrina teológica de la obra precedente.

No son para descritos el pésimo efecto, que estos libros de Servet produjeron entre los protestantes y los denuestos que lanzaron contra el autor de tamaños atrevimientos. "Indigno es de respirar quien así blasfema", había escrito Zuinglio a Ecolampadio, antes aún de que los libros se publicasen y cuando sólo tenía noticia de las enseñanzas verbales del aragonés. Publicado el primer libro, arreciaron las execraciones, y Bucero llegó a decir que el heterodoxo español "era merecedor de que le arrancaran las entrañas".

Esta fué la primera salida de Miguel Servet por los campos de la teología. Y la hizo con la cara descubierta y la frente erguida. Porque él estaba, sin duda, lamentablemente equivocado, pero tuvo el valor de lo que decía. Por eso puso al frente de las dos obras citadas su nombre, su apellido paterno y su patria, no limitándose siquiera a consignar su condición de español, sino expresando tam-

bién su origen aragonés: *"Per Michaelem Serveto, alias Reves, ab Aragonia Hispanum"* (37).

Hay discrepancia entre los biógrafos de Servet sobre el lugar de su nacimiento. Según unos, había nacido casualmente en Tudela de Navarra, pero era oriundo de Villanueva de Sigena (actual provincia de Huesca), en donde consta que su padre ejerció funciones de notario (38). Según otros, no fué meramente oriundo, sino natural de Villanueva. Esta opinión me parece la más probable (39).

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que Servet se honró más de una vez llamándose aragonés, como acabamos de verlo en la portada de sus libros de 1531 y 1532.

Consta también de un modo cierto que el apellido *Villanovano* o *de Villanueva* fué el que adoptó cuando, después de sus primeras escaramuzas teológicas en Suiza y Alemania, desilusionado por su mal éxito y temeroso de ser perseguido por los protestantes, decidió penetrar en Francia y emprender una nueva

vida (40). Por eso le hemos encontrado en Lyón en 1535 llamándose Miguel Villanovano y no Miguel Servet.

No me detendré a referir con detenimiento sus andanzas en tierra francesa. No trato de hacer la biografía del insigne polígrafo español, sino tan sólo de dar a conocer sus trabajos geográficos. Por eso me limitaré a decir que nuestro aragonés durante los cuatro lustros que residió en la nación vecina vivió en constante tensión intelectual, cultivando los más diversos estudios, escribiendo diferentes libros, recorriendo distintas ciudades y destacando en todas partes su personalidad enérgica y singularísima.

Ora le encontramos en París dedicado al estudio (41), ora en Lyón ganándose la vida como corrector de imprenta en la importante casa editorial de los hermanos Trechsel; ya de nuevo en la capital de Francia, perfeccionándose en la medicina y explicando matemáticas y geografía en el colegio de los Lombardos; bien en Charlieu, Avignon y Lyón ejerciendo

la profesión médica; o, por último, en Vienne, del Delfinado, trabajando también como médico, aunque sin olvidar sus estudios geográficos, discutiendo por escrito con Calvino sobre cuestiones teológicas y escribiendo durante largas vigilias la vasta obra, en que puso sus mayores entusiasmos e ilusiones, la famosísima *Christianismi Restitutio,* en la que impugnaba a la vez la doctrina de católicos y protestantes e intentaba restaurar el Cristianismo, volviéndolo a los que él creía sus verdaderos cimientos.

En esta obra celebérrima, publicada a principios del año 1553, y que es tan citada como poco leída, es donde dió a conocer su descubrimiento de la pequeña circulación de la sangre o circulación pulmonar, de tanta trascendencia en los estudios médicos y antropológicos. La impresión se hizo clandestinamente, porque no desconocía Servet que sus ataques contra las doctrinas de protestantes y católicos podrían acarrearle funestas consecuencias en aquel tiempo, en que la herejía era mirada

como delito gravísimo en los países católicos y en que los reformadores, que rechazaban la autoridad de papas y concilios, no por eso dejaban de mostrarse intransigentes y crueles, como lo fueron Enrique VIII de Inglaterra, su hija Isabel y el sombrío teólogo de Noyón y papa negro de Ginebra, el implacable Calvino.

Este fué quien, valiéndose pérfidamente de ajena mano, denunció a las autoridades eclesiásticas de Francia el libro *Christianismi Restitutio* como obra de Servet. De aquí el proceso que contra el médico español se siguió en Vienne. Y cuando éste pudo huir de la prisión, quiso su mala fortuna que fuese a caer en Ginebra en manos de su acérrimo adversario Calvino, quien con su omnímoda influencia en la célebre ciudad del lago Lemán logró que fuese condenado a perecer en la hoguera, cumpliéndose la inicua sentencia el día 27 de octubre de 1553. Aquellas cenizas, a que Calvino quiso reducir la personalidad y la obra de Miguel Servet, han sido para éste como los mortales despojos, de donde la su-

perstición antigua hacía renacer el ave fénix a nueva vida.

Porque el odioso crimen sólo ha sido funesto para sus perpetradores, mientras que la figura del egregio sabio español, engrandecida por el sacrificio, aparece cada día más gloriosa ante la posteridad y se alza como una terrible sombra acusadora contra la inhumana y contradictoria conducta de los que, rechazando el magisterio de la Iglesia Romana y proclamando el libre examen, persiguieron, sin embargo, hasta la muerte a los que, ejercitando los fueros del propio pensamiento, llegaban a consecuencias diferentes de las suyas.

La muerte trágica de Servet ha realzado indudablmente su memoria, pero aun sin ella hubiera siempre ocupado un alto lugar en la historia de la cultura. Humanista, matemático, médico, filósofo, geógrafo, teólogo y en ninguna de estas disciplinas mediocre, el insigne aragonés nos ofrece un ejemplo brillante de sabio enciclopédico, tan frecuente en aquella época de vida intensa y desbordada.

Cierto que la dispersión de los esfuerzos intelectuales en heterogéneos asuntos tiene sus inconvenientes, pero son, sin duda, inferiores a los que acarrea la especialización excesiva.

Las ciencias, aun las que parecen más desemejantes, están unidas por misteriosos y profundos enlaces. Cada una de ellas estudia distintos seres o diferentes aspectos de un mismo ser; pero ni la muchedumbre de los seres, ni los diversos aspectos en que éstos pueden ser considerados se dan en la realidad aisladamente, sino en estrecha unión, resolviéndose en definitiva en la grandiosa síntesis o suprema armonía del Cosmos.

Por eso el dominio de unas ciencias facilita la posesión de otras y la adquisición de muchas conduce a la solución de los grandes problemas de carácter universal, que se yerguen sobre las fronteras de las ciencias particulares como una inquietante y colosal interrogación.

Además la amplitud de horizontes intelectuales, a la que en gran manera conduce el

cultivo inteligente de diversos estudios, hace a los hombres equilibrados, tolerantes, capaces de grandes cosas y enemigos de lo mezquino y lo subalterno. Mientras que la especialización exagerada, a fuerza de concentrar la vista en un rincón del espacio, impide ver la majestuosa amplitud y soberana belleza del conjunto, deformando, en definitiva, el espíritu y haciéndolo unilateral, exclusivista e incomprensivo.

Permitidme, señores Académicos, estas consideraciones que me parecen justificadas por la necesidad de señalar, siempre que de ello se presente ocasión, los peligros de la especialización excesiva, que considero como un mal de nuestra época. Y el mal sube de punto cuando esta especialización exagerada se lleva prematuramente a los planes de la educación.

El especialista, por laborioso que sea en su especialidad, no merecerá el nombre de sabio, si no acierta a situar el pequeño círculo de sus trabajos dentro del cuadro general del orden de estudios a que pertenecen, y éstos a su vez

dentro del vasto sistema de los conocimientos humanos. Para lo cual, además de una amplia instrucción, es indispensable poseer una sólida cultura filosófica.

Miguel Servet fué, ante todo, un humanista y un filósofo. Y por serlo llevaba dentro de sí una preparación excelente para cultivar con fruto todo género de estudios. De ahí que cuando con insaciable curiosidad abordó los más diversos problemas no fuese superficial, ni infecundo su trabajo, aunque no siempre tuviese la fortuna de llegar a las verdaderas soluciones.

VII

La obra geográfica de Servet.—Su segunda edición de Tolomeo.—Servet y la Geografía antigua.—Influencia de esta parte de sus estudios en Munster y Abraham Ortelio.

Por lo que a la geografía se refiere ya hemos visto que el primer servicio que prestó a los cultivadores de estos estudios, cuando en 1535 publicó la nueva edición de Tolomeo, fué el haber depurado el texto del gran autor alejandrino, purgándolo de las equivocaciones, que en él habían introducido los copistas, y de las deformaciones de sentido debidas a los malos traductores.

El trabajo del joven corrector de imprenta de Lyón merece ser comparado a los que por

aquel mismo tiempo realizaba en España con los textos de Séneca, de Pomponio Mela y de Plinio el insigne humanista Hernán Núñez de Guzmán, el Pinciano.

Este insigne maestro de la Universidad de Salamanca vió claramente que para poder conseguir el debido provecho de la lectura de los autores clásicos importaba ante todo restablecer sus textos legítimos, que tantos estragos habían sufrido en manos de inhábiles copistas y de poco escrupulosos editores. Y la tarea no era fácil, porque exigía en quien la emprendise, no sólo perfecta noticia de las lenguas clásicas y suficiente pericia paleográfica, sino también conocimiento profundo de las materias desarrolladas por los autores, cuyos textos se trataba de corregir. Porque ¿cómo podría enmendar y perfeccionar una edición de Galeno, quien no fuese médico? ¿O de Aristóteles el que no fuera filósofo? ¿O de Pomponio Mela y Tolomeo el que no entendiese suficientemente de geografía y astronomía?

Por eso la delicada empresa de Hernán Nú-

ñez, cuando publicó en 1543 y 1544 sus correcciones de los textos de Mela y Plinio, no fué solamente obra de latinista y paleógrafo, sino al mismo tiempo trabajo de geógrafo y naturalista, según lo exigía la materia de las obras corregidas y anotadas (42).

Otro tanto hay que decir del trabajo de Servet sobre Tolomeo. En él se acreditó de helenista, pero a la vez se distinguió como geógrafo. Y tanto empeño puso en dar una obra perfecta, que habiendo advertido algunos defectos en la edición de 1535, se consagró con entusiasmo a la preparación de otra nueva y más depurada, que se imprimió en Vienne en el año 1541 (43).

Entre estas dos fechas Servet había residido de nuevo en París, en donde, como ya insinué antes, al mismo tiempo que cultivó con ardor los estudios médicos, en los que llegó a ser una de las figuras más eminentes de todos los tiempos, dió conferencias sobre astronomía y geografía, ocupándose muy especialmente en la explicación de la *Geografía* de Tolomeo. En

este tiempo también y precisamente a causa de sus eneseñanzas astronómicas tuvo agrias contiendas con la Universidad de París y fué procesado ante el Parlamento. No puedo detenerme en este episodio de la vida de nuestro sabio, al que tal vez en otra ocasión dedique un estudio especial.

Entre los que en la capital de Francia asistieron a sus disertaciones sobre materia geográfica merece citarse el arzobispo de Vienne, Pedro Palmier, que dispensó después en su diócesis generosa protección a nuestro compatriota. A este prelado dedicó Servet su segunda edición de Tolomeo. Y en la dedicatoria le recuerda el honor que le había dispensado escuchando sus lecciones en la capital de Francia. "Justo es, pues —añade—, que Tolomeo, que antes te tuvo por discípulo, te reconozca ahora por patrono. ¿Ni a quién se ha de dedicar un Tolomeo, corregido e impreso en Vienne, sino a tí, señor de los vienenses y aficionado a este autor?" (44).

Por ser la edición de Vienne más perfecta que

CLAVDII

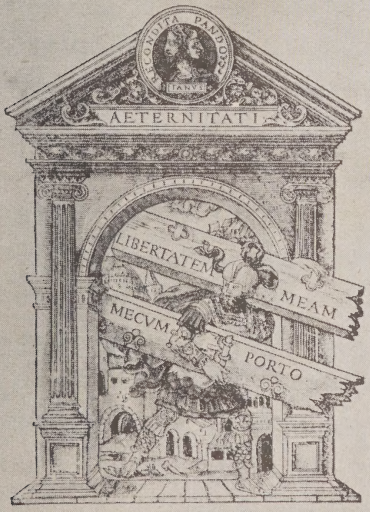
PTOLEMAEI ALEXAN: DRINI

Geographicæ Enarrationis, Libri Octo.

EX BILIBALDI PIRCKE. ymberi tralatione, sed ad Græca & prisca exemplaria à Michaële Villanouano secundò recogniti, & locis innumeris denuò castigati. Adiecta insuper ab eodem Scholia, quibus & difficilis ille Primus Liber nunc primum explicatur, & exoleta Vrbium nomina ad nostri seculi morem exponuntur. Quinquaginta illæ quoque cum veterum tum recentium Tabulæ adnectuntur, quarum incolentium ritus & mores explicantur.

*

Accedit Index locupletissimus hactenus non visus.



Prostant Lugduni apud Hugonem à Porta.

M. D. XLI.

Portada de la edición de Tolomeo, publicada por Servet en 1541.

la de Lyón de 1535, a ella me he de referir principalmente al examinar las doctrinas geográficas de Servet, sin perjuicio de hacer alusión directa a la de 1535, cuando el caso lo requiera.

Era natural que un hombre del empuje intelectual de nuestro aragonés no se conformase al publicar una edición de Tolomeo con un mero trabajo de depuración y traducción del antiguo texto, con no ser ello obra liviana. Y, en efecto, Servet hizo mucho más, siendo una de sus innovaciones la de haber señalado la correspondencia entre los antiguos nombres geográficos citados por Tolomeo y los modernos. Si recorréis sus dos ediciones de 1535 y 1541 le veréis constantemente preocupado de ir consignando al margen o debajo de los nombres de regiones, ciudades, ríos o montes, mencionados por el geógrafo alejandrino, las denominaciones modernas, llegando su celo en este punto hasta el extremo de que cuando ha desaparecido la ciudad existente en tiempo de Tolomeo, pero se ha creado otra en el mismo

lugar o en sus inmediaciones, cuida también de señalar este hecho, dando el nombre de la nueva población edificada en igual sitio o en las proximidades de la antigua.

Innecesario es decir que Servet se equivoca con frecuencia al señalar los pueblos, ríos y demás hechos geográficos, que, según él, correspondían a los mencionados por Tolomeo. Pero ¿acaso podía suceder otra cosa dado el estado incipiente en que se encontraba entonces esta clase de estudios?

Basta para su gloria el haber acertado en muchos casos, y no ciertamente por acierto casual, sino como fruto de prolijas investigaciones, ya que para llegar a las equivalencias, que establece como ciertas o probables, se valió del estudio comparativo de los geógrafos antiguos y modernos y del examen directo del terreno durante sus propios viajes. Además, tuvo Servet en este punto una iniciativa original y que está de acuerdo con los métodos preconizados por la geografía contemporánea. Esta iniciativa fué la de escribir, siempre que

pudo, los nombres geográficos modernos tal como se escribían en la propia lengua del respectivo país. Oigamos sus palabras: "Y para hacer más atrayente a los principiantes la lectura de mi trabajo —escribe—, he declarado en la lengua materna respectiva como más fácil los nombres de muchas ciudades, hablando a los franceses en francés, a los alemanes en alemán, a los italianos en italiano y en español a los españoles. Todas estas tierras las he visitado, y sus lenguas me son de algún modo conocidas" (45).

Este arduo trabajo realizado por Servet para fijar las correspondencias entre los nombres geográficos antiguos y los modernos tuvo gran aceptación. Sebastián Munster las reprodujo casi íntegramente en sus ediciones de Tolomeo. Y de Munster pasaron a otros autores de aquel tiempo.

De esta manera resultó facilitada la labor de Abraham Ortelio, que perfeccionando la obra de Servet, escribió el vasto repertorio de su *Thesaurus Geographicus,* de tan extraordinario

valor para el estudio de la geografía antigua (46). El insigne geógrafo flamenco se honró en citar reiteradamente a Servet entre los autores, que había utilizado para la redacción de su magno trabajo.

También en la edición de Tolomeo, impresa en Francfort en 1605, está mencionado Servet como texto consultado para fijar las correspondencias entre los antiguos y los modernos nombres geográficos (47).

Con lo cual queda evidenciado, una vez más, el íntimo enlace de los trabajos de nuestro autor con los que llevaron a cabo otros geógrafos notables del Renacimiento. Y si con razón se ha enaltecido el mérito de Abraham Ortelio por sus estudios sobre la antigua geografía, justo es también no olvidar el nombre de nuestro compatriota, que aunque equivocándose muchas veces, como también en muchos casos se equivocó el geógrafo de Amberes, abrió a éste el camino para su difícil empresa.

VIII

Laudable concisión de los escolios de Servet a Tolomeo.—Alusiones históricas y literarias.

Aunque sólo este servicio hubiese prestado Servet a los estudios geográficos, habría motivo para citar su nombre con honor entre los geógrafos del siglo XVI; pero Servet, ansioso siempre de distinguirse en el palenque científico, no se contentó con tan provechosas innovaciones al publicar sus ediciones de Tolomeo de 1535 y 1541. Sus esfuerzos se extendieron a todos los aspectos de la obra del geógrafo alejandrino. Y unas veces para aclarar el texto y otras para completarlo, fué tallando en torno a los ocho libros tolemaicos, un pre-

cioso marco de escolios, que constituyen un comentario excelente.

De las notas puestas por Servet al texto de Tolomeo, lo primero que hay que decir es que se distinguen por la sobriedad. ¡Rara virtud, ciertamente, en un comentarista, ya que entonces, como ahora, casi todos los glosadores de textos clásicos suelen incurrir en prolijidad, ora llevados de excesiva admiración hacia el autor comentado, o lo que es más frecuente, movidos por el intempestivo afán de mostrar erudición y sutileza! Declaro sinceramente que a la vista de estas demasías de los comentaristas farragosos, he sentido lástima muchas veces de los grandes ingenios de pasadas épocas, que, sin que puedan evitarlo, ven sus obras maestras laceradas, machacadas y oscurecidas por las desdichadas manos de pesados e insufribles glosadores.

Y para citar un ejemplo de la historia de la geografía, y precisamente de la geografía del Renacimiento, ¿por qué no protestar de los inacabables comentarios con que Joaquín de

Watt pretendió ilustrar el compendio geográfico de nuestro compatriota Pomponio Mela? *Cicut cymba in oceano* flota el texto del geógrafo hispanolatino en medio de aquellas farragosas páginas, en que el médico suizo habla de lo divino y de lo humano, a pretexto de comentar los tres libros *De situ orbis*, modelo de concisión y elegancia (48).

El tratar sistemáticamente y con tanta amplitud, como sea menester, las materias científicas o literarias, quédese para las obras doctrinales sobre las mismas. Pero el trabajo del comentarista ha de ser un trabajo adjetivo, que ponga adecuado marco, y nada más que marco, al texto principal, que dentro de él debe destacarse.

Si el libro escogido para el comentario carece de mérito, ¿por qué elegirlo? Y si lo tiene, ¿por qué no dejar que brille por su propia luz, sin más adiciones que las estrictamente indispensables?

Por eso estimo un deber de justicia aplaudir a Miguel Servet, que puesto a comentar la

Geografía de Tolomeo, supo observar al pie de la letra el discreto *ne quid nimis*, sin el cual no habrá nunca en lo literario, ni en lo científico obra perfecta.

Y no teman los comentaristas quedar deslucidos por el hecho de ser breves.

Un hombre sagaz sabrá decir más y mejor en pocas lalabras que un solemnísimo pedante, aunque escriba más páginas que el Tostado. Y éste es precisamente el mérito de las notas que puso el sagacísimo Servet a la obra de Tolomeo. Dos renglones, y a veces dos palabras le bastan para aclarar, realzar o completar el pensamiento comentado.

Además, sus comentarios, aunque breves siempre, se extienden a toda clase de materias geográficas. Los hay sobre geografía matemática, física, política, económica, etc. Y no faltan tampoco los de carácter histórico y poético.

Asemejándose en esto al elegantísimo Pomponio Mela y demostrando bien a las claras que vivía en la época del Renacimiento, Mi-

guel Servet cuida siempre de amenizar las descarnadas nomenclaturas con breves datos históricos o noticias literarias relacionadas con las ciudades, ríos o montañas citadas en el texto.

Si la ciudad mencionada por Tolomeo es Chalcis, nos dirá que en ella murió Aristóteles; si Aleria, recordará que fué colonia fundada por Sila; si Aquino, no se olvidará de consignar que fué la patria de Santo Tomás; si Carrhæ, traerá a cuento la derrota y muerte de M. Craso luchando con los partos; y si se trata de Sínope, advertirá que es la patria y el sepulcro de Mitrídates.

Otras veces, en el deseo de ser útil a los literatos, menciona los nombres, que los ríos, montes o mares tuvieron en la antigua mitología o en la geografía poética. Y frecuentemente, mirando al aspecto económico o estratégico de los países o ciudades, indica sus productos o califica su valor de posición. No omite tampoco el decir bajo qué soberanía se hallaban en su tiempo los territorios mencionados por To-

lomeo. Y muchas veces reúne en brevísimos renglones estos aspectos, político, económico y poético, como cuando dice de Córcega: "*Corsica, sub Genuensium dominio, vini optimi ferax, Terapne Ovidio nuncupata*" (49).

Como muy versado que estaba en la lectura de la Biblia, se complace también en ilustrar con oportunas notas las poblaciones de Tierra Santa, haciendo alusión a pasajes memorables de la Sagrada Escritura.

Cuida, en suma, el geógrafo aragonés de que el largo catálogo de nombres geográficos de la obra de Tolomeo cobre color y movimiento, para que sea grata su lectura y pueda servir de mayor provecho a toda clase de lectores. Así lo prometió en el prólogo de la edición de 1535. Y escrupulosamente lo cumplió hasta el fin (50).

IX

Otros aspectos de los escolios de Servet. La Geografía y la Astronomía.—La Geografía y la Historia.—Los mapas de las ediciones de 1535 y 1541.—Servet y la metodología geográfica.—Su erudición clásica y moderna.

Consideración aparte merecen algunos escolios de carácter doctrinal, en que Servet, desenvolviendo o completando el pensamiento de Tolomeo, hace importantes observaciones en orden a la geografía.

Como muy aficionado que fué a los estudios matemáticos y astronómicos, lo cual explica sus preferencias por Tolomeo, Servet advierte con reiteración que no podrá ser buen geógrafo el que no esté seriamente versado en las

matemáticas *(Geographus dici nequit qui fuerit mathematices imperitus)*, y que para conocer debidamente los fenómenos geográficos hay que acudir a veces a la astronomía, buscando en el estudio del mundo celeste luz y guía para el conocimiento de la Tierra. Es el mismo sistema, que preconizaron en la antigüedad Eratóstenes e Hiparco, que supieron vivificar con los conocimientos astronómicos la ciencia de la Tierra. Y con razón, porque, como gráficamente ha dicho Macías Picavea, el hombre, al ser habitante de la Tierra, lo es también del Cielo, ya que la Tierra es uno de los astros que pueblan el espacio (51). Lo cual no quiere decir que astronomía y geografía sean una misma cosa, ni siquiera que pueda admitirse como denominación válida para una de las divisiones de la ciencia geográfica el título de "geografía astronómica" de tan antiguo como equivocado uso en los libros didácticos.

No; la astronomía y la geografía, aunque estudios íntimamente enlazados y de mutua e indispensable ayuda, son dos órdenes de cono-

cimientos enteramente distintos. Aquél mira al conjunto de los astros; éste se concreta a la Tierra, y dentro de ella a sus fenómenos de superficie. Si esa mal llamada "geografía astronómica" se sale de la superficie de la Tierra, ya no es geografía. Y si se limita al estudio de fenómenos superficiales de nuestro planeta, poco tiene de astronómica, a no ser en el latísimo y vago sentido de que todo cuanto en la Tierra ocurre es astronómico por el hecho de ser la Tierra un astro.

De ahí que los más ilustres maestros de la geografía contemporánea hayan sustituído la gastada denominación de "geografía astronómica" por la más oportuna y propia de "geografía matemática", calificativo que seguramente no habría rechazado Miguel Servet, que tanto descolló en la ciencia de Euclides y tan oportuna aplicación supo hacer de sus conocimientos matemáticos al estudio de la Tierra.

Sobre esta materia son muy dignas de aprecio las notas que puso al libro primero de la *Geografía* de Tolomeo.

Tampoco omitió Servet en sus escolios hacer alguna alusión al gran problema de las relaciones entre la historia y la geografía. Y por cierto que con este motivo supo decir algo tan acertado como de su claro talento había derecho a esperar.

Para muchas gentes la geografía es tan sólo un conocimiento auxiliar de la historia. ¿Quién no ha oído desde niño la vieja cantilena de que la cronología y la geografía son los dos ojos de la historia, porque la primera nos dice *cuándo* y la segunda *dónde* se realizaron los sucesos?

Líbreme Dios de negar que la geografía sea, como es, efectivamente, un estudio, no sólo útil, sino indispensable a los historiadores. Tampoco quiero incurrir en la graciosa exageración de muchos profesores para quienes su asignatura es siempre lo más importante del universo. A pesar de ser catedrático de geografía, y precisamente por serlo, me apresuro a declarar que los estudios geográficos, aunque útiles, importantes e imprescindibles para

toda persona culta, no son lo más trascendental, ni lo más elevado en la ciencia, ni en la vida.

Muy bien lo dijo el excelso autor de la *Epístola a Fabio:*

¿Piensas acaso tú que fué criado
El varón para rayo de la guerra,
Para sulcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende cuánto yerra!
Esta nuestra porción, alta y divina,
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina.

No, no es la geografía la más importante de las ciencias; pero yerran gravemente los que se limitan a considerarla como una disciplina meramente auxiliar de la historia. Porque el geógrafo al estudiar científicamente la localización de los seres y actividades sobre la superficie terrestre no hace este estudio de un modo solamente descriptivo, sino que, pasando de la descripción a la explicación, trata de averiguar las causas y las leyes a que esa localización obedece y las consecuencias que de la

misma se derivan. En lo cual va comprendido el magno problema de las mutuas influencias que por razones de localización se ejercen entre las sociedades humanas y las condiciones físico-biológicas, que por todas partes las circundan. Resultando así que la geografía, estudiada con espíritu científico, no nos muestra un escenario inerte en donde ocurren los sucesos, sino el conjunto magnífico y ordenado de energías telúricas, dentro del cual y en estrecha colaboración con el cual se desarrolla el drama, siempre viejo y siempre nuevo, de la historia humana.

Y como estos grandes problemas que la geografía estudia le son a ella peculiares, constituyendo su objeto formal y propio, de ahí que pueda y deba ser considerada como ciencia autónoma y no como mero estudio auxiliar de otras ciencias, a no ser en el amplio sentido en el que podemos decir que las ciencias humanas son siempre auxiliares las unas de las otras, porque los aspectos u objetos que ellas consideran separadamente se hallan en la realidad

de las cosas, íntimamente compenetrados entre sí.

Con fundamento pudo escribir Estrabón que la geografía es un estudio tan digno de la atención del filósofo como cualquier otro. Y a renglón seguido se complacía en recordar que los primeros geógrafos griegos habían sido grandes filósofos (52).

Ahora bien; para que el geógrafo pueda averiguar causas, leyes y consecuencias de la localización de los fenómenos sobre el espacio terrestre, no le basta saber cómo se hallan éstos localizados en el momento actual, sino que necesitará también conocer cómo lo han estado en épocas anteriores. Sólo de esta manera, comparando tiempos con tiempos y acumulando observaciones sobre observaciones, podrá llegar a establecer doctrinas, que no pequen de prematuras o infundadas.

¡A cuántos siglos y a cuántos países no deberá extenderse la investigación del geógrafo si quiere determinar con seriedad y con probabilidades de éxito la influencia de las condi-

ciones físico-biológicas en el nacimiento, vida y muerte de los Estados! ¡Qué número de pacientes observaciones, extendidas a muchos siglos y a muchos territorios, no será necesario para poder decir algo sustancioso acerca de la verdadera influencia, que ejerzan sobre la civilización los ríos, los mares, los sistemas de montañas, la flora, la fauna y las demás categorías de hechos o accidentes geográficos!

Reducir la observación al momento presente, que no es sino un instante pasajero en el largo proceso de los siglos, sería un intento pueril y condenado a irremisible fracaso.

Y ved por dónde es necesario que la historia sea constantemente auxiliar de la geografía.

Así lo comprendió Servet y supo decirlo con claridad. En un escolio al libro primero de Tolomeo, escribe textualmente: "Aunque el tiempo es siempre maestro de sabiduría y fuente de la experiencia, madre de todas las cosas, tiene especial valor en la geografía, por los frecuentes cambios de los Estados (53).

¡En cuántos errores no han incurrido algu-

nos geógrafos por olvidar esta indispensable consideración del tiempo pasado al estudiar los fenómenos presentes! ¡Cuántas veces la simplista consideración de los hechos geográficos actuales les ha llevado a darles un valor de permanencia y una importancia capital de que carecen!

Tan históricos son los hechos geográficos de hoy como lo fueron los de ayer, ya que unos y otros se realizan en el tiempo y están en un fluir perenne.

Por eso no cabe llamar geografía histórica a una rama o división de la geografía, como contrapuesta a otra que no lo sea. En la geografía todo es histórico, porque todo se refiere a hechos terrestres acaecidos en el tiempo.

Podrá, pues, dividirse la geografía, por razón del tiempo, en antigua, media, moderna y contemporánea, o en tantas subdivisiones como se quiera, bien entendido que cualquiera de ellas es insuficiente para un estudio perfecto; pero lo que será siempre impropio, inexacto y expuesto a muchas equivocaciones es dividir

la geografía en histórica y no histórica o en histórica y actual, como si lo actual no fuese también histórico o como si la consideración del fugaz momento presente pudiera servir por sí sola para fundamentar conclusiones permanentes y generales.

Las tiene, sí, la ciencia geográfica, pero no las han inducido los geógrafos de los hechos acaecidos y observados en un instante dado, sino de la contemplación diligente y de la comparación minuciosa de hechos geográficos de diferentes tiempos y de distintas regiones de nuestro planeta.

Otra nota, que distingue a las ediciones de Tolomeo, preparadas por Servet, es el gran valor, que éste concede a los mapas para el estudio geográfico. Tanto la de 1535 como la de 1541 van acompañadas de 50 cartas, 27 antiguas y 23 modernas. Sin embargo, estos mapas no fueron obra personal de nuestro geógrafo. Son los mismos que habían aparecido ya en la edición de Pirckheimer de 1525, sin que esto quiera decir que fuera Pirckheimer su autor. Pir-

Mapa del Nuevo Mundo, incluído en la colección cartográfica de las ediciones de Tolomeo, publicadas por Servet en 1535 y 1541. (Véase la nota de la pág. 199 de este libro.)

ckheimer en 1525, como Servet en 1535 y 1541, se limitaron a reproducir mapas, que habían figurado en ediciones anteriores. Muchos de ellos proceden de la famosa de Estrasburgo de 1513.

Mr. Gallois, en su erudito estudio *Les géographes allemands de la Renaissance*, ha tratado de puntualizar la procedencia de estos mapas de la edición argentina de 1513 (54).

Para el objeto de mi discurso sólo me interesa decir que, aunque Servet, contra lo que algunos han afirmado, no fué autor de ninguno de los mapas incluídos en sus dos ediciones de Tolomeo, lo cual es fácil comprobar viendo que todos, absolutamente todos ellos, figuran en la edición de 1525, comprendió muy bien la importancia y utilidad pedagógica de los mapas. Por eso, no solamente atendió a que la reproducción se hiciese con esmero, sino que frecuentemente invita al lector a que consulte tal o cual mapa para hacerse cargo sobre él de la verdadera situación de la ciudad, río o montañas de que se trata. ¿Cómo negar, en efecto,

que la contemplación del mapa ahorra trabajo y suple con ventaja a muchas descripciones?

¡Es de lamentar que estos mapas de las ediciones de Servet no sean más perfectos!

Nuestro insigne compatriota se hizo cargo de que contenían muchas equivocaciones. Algunas las señala él mismo concretamente para advertencia del lector. Y, además, nos informa de su malogrado propósito de haber publicado otros mapas mejores. "También habría enmendado —escribe— la posición de Tolosa, que está en la orilla del río Garona y no del Tech. Pero ya que no me fué permitido renovar estos mapas anticuados, justo es que no se me atribuyan sus inexactitudes" (55).

No se crea, sin embargo, que Miguel Servet pensó que los mapas eran lo primero de todo para el estudio de la geografía. Los mapas y las descripciones escritas, aun las más perfectas, no son en definitiva sino reflejo e imagen pálida de la realidad terrestre. Sólo la observación o estudio directo de la Naturaleza es la

verdadera fuente primaria del conocimiento geográfico. Por eso el geógrafo, sin perjuicio de utilizar libros, mapas y reproducciones de toda clase de la realidad externa, deberá acudir directamente siempre que pueda a la observación de la superficie de la Tierra. De aquí el valor insustituíble de los viajes de estudio.

Servet insiste en ello una y otra vez. Menciona reiteradamente sus peregrinaciones por distintos países para que el lector dé crédito a sus noticias y no se cansa de ponderar, coincidiendo con Tolomeo, el valor principal de la experiencia propia como fuente de los conocimientos geográficos. *Præcipuum huius rei antecedens ex peregrinationibus sumptum,* escribe terminantemente en un escolio al capítulo II del libro primero.

Hace, en suma, en orden a la geografía lo mismo que hizo en orden a la medicina: observar y analizar directamente la realidad de las cosas con el ánimo libre de apriorismos y preocupaciones.

Pero nótese que al hacer esto y al proclamar

el valor extraordinario, que tiene en el terreno científico la observación propia, no por eso desconoció, ni negó la utilidad, que encierran también las enseñanzas de los antepasados y la colaboración de los contemporáneos. Su lema hubiera podido ser el *Vetera novis augere et perficere*, que será siempre la mejor fórmula del progreso científico.

Versadísimo en el estudio de la clásica antigüedad, cita constantemente a los más ilustres geógrafos greco-romanos. Y junto a los geógrafos utiliza y menciona igualmente a los filósofos, historiadores y poetas, revelando una erudición extraordinaria, sobre todo si se tiene en cuenta la edad juvenil en que publicó sus estudios sobre Tolomeo.

En los escolios marginales o interlineales, con que mejoró la obra de éste, he encontrado citas reiteradas de Homero, Herodoto, Aristóteles, Eratóstenes, Polibio, Cicerón, Salustio, César, Estrabón, Virgilio, Ovidio, Pomponio Mela, Plinio el Naturalista, Trogo Pompeyo, Tácito, Silio Itálico, Stacio, Quinto Curcio,

Flavio Josefo, Juvenal, L. Anneo Floro, Arriano, Solino, Claudiano, Macrobio y otras muchas de antiguos autores.

Estaba también muy versado en la lectura de geógrafos e historiadores del Renacimiento, siendo los que cita con más frecuencia el Regiomontano, Ca'da Mosto, Pío II (Piccolomini), Hermolao Bárbaro, Joaquín de Watt, Werner, Pedro Apiano, Paulo Jovio, Pedro Mártir de Anghiera y otros menos importantes.

No es extraño que sus dos ediciones de Tolomeo, acaudaladas con tantas referencias eruditas y tan sagaces observaciones personales, obtuvieran, como obtuvieron, enorme éxito. A ello contribuyó también el verdadero lujo con que están impresas. Los grabados son abundantes y curiosos.

Sebastián Munster hizo tanto aprecio de los escolios de Servet que los incorporó casi por completo a sus ediciones de Tolomeo, lo mismo que había hecho, según indiqué anteriormente, con las equivalencias entre la nomenclatura geográfica antigua y la moderna.

Tengo a la vista la edición de Tolomeo publicada por Munster en Basilea en el año 1545, y advierto en ella, comparándola con las ediciones servetianas, que la mayor parte de los escolios del geógrafo aragonés están reproducidos literalmente.

Nadie puede negar a Munster grandes merecimientos en la cartografía y en la geografía descriptiva, a la que levantó el valioso monumento de su gran *Cosmografía;* pero en lo relativo a los comentarios sobre Tolomeo fué, no solamente un discípulo, sino un eco y casi un plagiario de los trabajos de Servet, ya que copia con inaudito descaro casi todas las notas o escolios de nuestro geógrafo.

Cierto que Munster proclama en el prólogo de sus ediciones de Tolomeo que se propone utilizar las notas o escolios del Villanovano, mas lo que hizo no fué inspirarse en ellas, sino reproducirlas *ad pedem litteræ,* incluso cuando Servet dice: "yo he visto", "yo he leído" (56).

X

Servet y la Geografía Descriptiva.—Su retrato de los españoles.—Sus descripciones de diferentes países.—El pasaje sobre la Palestina.—Impugnación de Munster y Servet por el humanista lusitano Damián de Goes.

Debo ahora decir algunas palabras sobre las descripciones modernas de diferentes países, que van añadidas al final del texto de Tolomeo y que están impresas al dorso de los mapas, que figuran en las dos ediciones de Servet.

Estas descripciones no son íntegramente de nuestro geógrafo. Lo que hizo el Villanovano fué revisar, añadir y mejorar las descripciones, que figuraban ya en la edición de Pirckheimer de 1525, y que, sin embargo, no habían sido

obra de éste, como el mismo Pirckheimer cuida de advertirlo al final de su libro.

El humanista de Nuremberg dice terminantemente que en la edición de Tolomeo de 1525 sólo eran de su iniciativa la traducción del texto tolemáico y la impresión de las notas del Regiomontano. "Lo demás —escribe— ha sido añadido por otros para que los libreros puedan mejor vender sus mercancías". *Sane nec hoc prætereundum nihil a nobis præter Ptolemæi scripta ac Iohannis de Regio monte adnotationes editum esse, cætera vero ab aliis utcumque addita quo librarii merces suas facilius extrudere possent* (57).

Esto dice el discreto y erudito Pirckheimer, sin duda para curarse en salud y sacudirse la responsabilidad de los no pocos errores, que existían en las descripciones modernas, insertas por el editor en la impresión de 1525, y que son las mismas, que habían figurado ya en ediciones anteriores.

Servet pudo haber hecho lo mismo que Pirckheimer, es decir, dejarlas como estaban y

reproducirlas como trabajo ajeno para que nadie le atribuyese los tuertos y desaguisados que en ellas se contenían. Pero esto le pareció poco serio, y tuvo el buen acuerdo de revisar detenidamente aquellas descripciones, rectificando errores, aclarando conceptos y agregando noticias interesantes. En algún caso, como, por ejemplo, al tratar de España, prescindió del viejo texto y redactó nuevo capítulo descriptivo.

En cambio, nada agrega a las descripciones de Africa de la edición Pirckheimer y muy poco a las de los países asiáticos.

Si algún día se reimprimiesen estas descripcones de países, que figuran al final de las ediciones de Tolomeo de 1535 y 1541, sería conveniente imprimir en distintos caracteres la parte de ellas que es obra de Servet y la que pertenece a geógrafos anteriores (58).

Este deslinde, que es fácil de hacer, disminuye notablemente la cantidad de páginas, que en justicia deben atribuirse a nuestro geógrafo en aquel trabajo, pero sirve para subrayar

su sagacidad, su erudición y su buen sentido. Porque, como ya he indicado, la poda que hizo Servet en unos casos y las adiciones que introdujo en otros se enderezaron a corregir desmandamientos, inexactitudes y puerilidades de los escritores precedentes. Además, era preciso poner al día, como ahora se dice, aquellas noticias geográficas. Y de ahí que Servet cuidase de completar el texto anterior con las informaciones geográficas o históricas de última hora. Así lo hizo por segunda vez en la edición de 1541, en la que mejoró y completó sus adiciones de 1535.

Reconocidos estos méritos, me guardaré mucho de proponer como modelo de trabajo geográfico las descripciones de Servet. La parte física, botánica y zoológica es poco circunstanciada. Alguna mayor atención presta a la geografía social, pero atento, sin duda, a complacer al público de entonces, da entrada a noticias sobre política, administración y costumbres, que, aunque interesantes, tienen poco de geográficas.

De este defecto de introducir en los libros de geografía informaciones diversas sin conexión alguna con la ciencia geográfica, propiamente dicha, adolecen todavía en nuestra época muchos libros. Lo cual ha perjudicado notablemente al progreso de la geografía, no sólo porque consumido un tiempo precioso en esa acumulación de datos heterogéneos se resta atención a los problemas geográficos, estrictamente tales, sino también porque esta variedad de temas y de noticias inoportunas, lejos de aclarar, embarulla las cuestiones, llevando la confusión al ánimo del lector.

A tal extremo ha llegado el mal, que algunos escritores modernos, a la vista de estos excesos, se han arriesgado a decir que la geografía carece de objeto propio, siendo un mero agregado de noticias varias tomadas de otros estudios. Más cuerdo hubiera sido censurar a los malos tratadistas que hacer responsable a la ciencia geográfica de culpas ajenas.

Por fortuna, en las descripciones de Servet, como de hombre inteligentísimo que era, hay

a veces observaciones sagaces, que compensan el defecto que acabo de señalar.

Nuestro geógrafo utiliza con frecuencia las comparaciones de unos países con otros para dar vida y claridad a sus páginas descriptivas. Y esto lo hizo con más amplitud al tratar de España.

Todo el capítulo a ella consagrado es un constante paralelo entre España y Francia en lo físico, en lo económico, en lo político y en lo social. Es capítulo breve, pero sustancioso.

¡Lástima que Servet lo afease con un retrato poco halagüeño de los españoles de su época!

En ello es digno de censura, no porque señalase defectos, ya que es lícito y patriótico hacerlo, cuando los defectos son verdaderos, sino porque algunos de los que les atribuye no existían sino en su imaginación. Menos mal que a vuelta de llamarles inhospitalarios, taciturnos, supersticiosos, ceremoniosos, indoctos y otras lindezas, les reconoce ánimo inquieto y em-

prendedor de grandes cosas. *Inquietus est et magna moliens hispanorum animus...* Alude también a sus recientes éxitos militares y enaltece con admiración la magnífica epopeya descubridora de castellanos y portugueses (59). Estas nobles empresas marítimas de nuestros compatriotas le merecieron siempre fervorosa admiración, y en las adiciones, que puso a la noticia geográfica dedicada al Nuevo Mundo, protesta indignado de que al continente descubierto por Colón, con la ayuda de España, se le haya dado el nombre de América (60).

En donde se ve que el voluntario desterrado amaba a España, y que sus juicios severos sobre los españoles nacían de ofuscación del entendimiento, pero no de desvíos de la voluntad.

Cuando habla de Francia en la noticia, especialmente consagrada a este país, no se olvida de mencionar con elogio a la Universidad de Toulouse, en que había estudiado *(Tolosana, jurisperitorum mater)*. Alaba también a la Universidad de París, y la considera como la más ilustre del orbe.

De los franceses dice, recordando a Juvenal, que eran muy pleitistas, habiendo en aquel país más abogados y procuradores que en diez Españas. Me figuro que ahora habría tenido que rectificar su juicio el geógrafo aragonés en lo que a España se refiere.

Su noticia sobre Alemania es muy interesante y tiene sus puntas y ribetes de irónica al hablar de los vicios de los germanos, a los que, sin embargo, supone en general probos, veraces y sencillos. Elogia el régimen municipal de muchas de sus ciudades, verdaderas repúblicas que no se gobiernan, dice, "con arreglo a las leyes del César, sino conforme a la razón y a sus costumbres". Tiene frases de piedad para la triste situación de los campesinos y justifica la reciente rebelión de éstos. "*Sed succumbunt semper miseri*", añade amargamente.

También tiene algo de irónico el retrato, que traza de los italianos. Y después de decir que unas regiones murmuran de otras y que todas coinciden en detestar y despreciar a los

extranjeros, a los que llaman bárbaros, añade que, a pesar de sus bravatas, se ven obligados a soportar unas veces a los españoles y otras a los franceses o alemanes.

Al tratar de Inglaterra no se olvida de mencionar sus riquezas minerales y sus excelentes paños, que explica por la abundancia y buena condición de las lanas. Dedica también algunas palabras al régimen de sus ríos; pero aquí, como en las demás descripciones, le preocupa más el aspecto social, político y religioso, que el meramente físico y fitozoológico.

La parte relativa a la Europa oriental es la más imperfecta de la obra, como era frecuente en los libros de aquel tiempo.

Es sensible, también, que en las descripciones de Africa y Asia dejase subsistentes muchas noticias fabulosas.

La descripción de Tierra Santa, que figura en la edición de 1535, no pertenece a nuestro geógrafo, como puede comprobarse viendo que es literalmente la misma que apareció ya en la edición de Pirckheimer. Sin embargo, Cal-

vino hizo de ella capítulo de acusación contra Servet por el enorme delito de que en esta descripción, por Servet reproducida, se afirma que la Palestina distaba mucho de ser tierra de bienandanzas y prosperidades, siendo por el contrario, como lo demostraba el testimonio de comerciantes y peregrinos, región estéril, áspera e inculta (61).

Los fanáticos calvinistas de Ginebra consideraron estas palabras como un ataque contra la veracidad de Moisés. Y llevaron su fanatismo hasta el extremo de utilizarlas como un cargo contra el eminente sabio español en el inicuo proceso de 1553, que terminó con la sentencia de muerte.

Servet pudo limitarse a rechazar la paternidad de aquel párrafo, que, como queda dicho, no había salido de su pluma. Pero como él lo había prohijado al dejarlo subsistente en su edición de 1535, añadió que, como era la verdad, no había en esas palabras injuria alguna para el autor del *Pentateuco*. El pasaje denunciado no hablaba de la Palestina del

tiempo de Moisés, sino de la Palestina moderna.

¡Mentira parece que nimiedades de este jaez pudieran ser esgrimidas como tremenda acusación por gentes, que blasonaban de reformadoras y tachaban de superstición y estrechez a los católicos!

En la edición de 1541 Servet suprimió este párrafo, que más adelante motivó el escándalo farisaico de Calvino y sus acólitos.

Las descripciones del Villanovano merecieron también de Sebastián Munster la misma excelente acogida, que había otorgado a los escolios. Muchas de ellas están reproducidas literalmente por el geógrafo de Ingelhein en el apéndice, que añadió a sus ediciones de Tolomeo (62).

Y, como era de temer, no se olvidó de reproducir con delectación morosa las lindezas, que Servet había escrito sobre los españoles, comprendiendo bajo esta denominación, según costumbre de entonces, a todos los habitantes de la Península Ibérica. Pero esta vez aque-

llos calificativos no quedaron sin respuesta, porque les salió al encuentro el insigne humanista e historiador lusitano Damián de Goes, a la sazón residente en Lovaina.

Preparaba éste por aquel tiempo una descripción de España para su amigo el profesor lovaniense, Pedro Nannink, y en ella insertó algunos párrafos rebatiendo los conceptos sobre España y los españoles, escritos por Servet y por Munster reproducidos (63).

El historiador portugués no se olvida de llamar a Munster imitador del Villanovano *(egregius Michaelis Villanovani imitator)*, y le recomienda que en lo futuro sea más prudente y más cauto al escribir.

Lo malo fué que en el calor de la defensa llegó más allá de lo justo, porque si Servet había pecado de duro hablando de España, Goes cayó en el extremo opuesto pecando de lisonjero. ¡Tan difícil es a los muñecos humanos contenerse en la justa medida de las cosas!

Diré solamente, para no hacer interminable

este discurso, que Goes, a fin de enaltecer las glorias literarias de la Península, no se para en barras, convirtiendo de una plumada en españoles a escritores ilustres de distintos tiempos, que no nacieron aquí. Con lo cual, y con otras apreciaciones no menos erróneas, perjudicó a una causa legítima, que merecía ser defendida con mejores argumentos.

La lección de Goes no fué del todo aprovechada por el autor de la gran *Cosmografía*. Este siguió reproduciendo en posteriores ediciones de su Tolomeo los conceptos rebatidos; pero algo impresionado por la catilinaria del portugués, se creyó en el caso de añadir a manera de disculpa los siguientes renglones: "Esto he hallado escrito por un español acerca de los españoles, porque yo nunca he estado en España. Lo cual me obliga a hacer constar un cierto Damián, español" (64).

Si Servet leyó esta excusa de Munster debió pesarle de las duras frases, que en un momento de ofuscación había estampado contra sus compatriotas, dando lugar a que los ex-

tranjeros se apresurasen a recogerlas y difundirlas. ¡Gran lección para los que llevados de pesimismo, de soberbia o de inmoderado celo propalan injustas apreciaciones contra sus conciudadanos!

XI

Juicio general sobre la personalidad geográfica de Miguel Servet.

No he omitido el señalar algunas deficiencias de la obra geográfica de Miguel Servet, porque así procede en estricta justicia. Hacer otra cosa y no ver en el geógrafo y médico español sino excelencias y sublimidades, hubiera sido un agravio a la verdad y un acto de póstuma adulación.

"Cierto que —como he dicho en otra parte— las lisonjas tributadas a los muertos, que ya no pueden agradecerlas, ni recompensarlas, son menos vituperables que las que se rinden a los vivos. Estas revelan siempre servilismo

en quien las tributa y pésimo gusto en quien gustoso las acepta. Aquéllas, por lo menos, no son sospechosas de ruindad de condición, sino más bien suelen obedecer a un mal entendido patriotismo nacional o local, que lleva a exaltar inconsideradamente las cosas propias. Pero es indudable que también el encomio excesivo de los antepasados, que es como el riesgo profesional de los que escriben biografías, debe ser cuidadosamente evitado" (65).

Además, los grandes hombres, y lo fué sin duda alguna el genial descubridor de la circulación de la sangre, no aman la ficción y la lisonja. Prefieren la verdad desnuda, ya que a la verdad y no a la mentira rindieron culto con sus vidas excelsas.

Por eso al exponer ante vosotros lo que hizo Servet en orden a la geografía me he guardado mucho de atribuirle méritos superiores a los que le corresponden en la realidad.

El pastor protestante Tollín, fanático admirador del infortunado sabio español, pero poco versado en la literatura geográfica, ha llamado

a Servet *padre de la geografía comparada* (66). Y después lo han repetido irreflexivamente otros autores.

Pero, a mi juicio, hay notoria exageración en dar a Servet este calificativo. Quien haya leído la *Geografía General Comparada,* de Carlos Ritter, obra magnífica, en la que junto a algunas generalizaciones prematuras y a no pocas deficiencias de información, hay tantos conceptos verdaderamente profundos y geniales sobre las relaciones de localización entre el hombre y la Tierra; quien haya recreado su espíritu en las altas cimas a que Alejandro de Humboldt eleva al lector en las excelsas páginas del *Cosmos;* quien haya rumiado los grandes pensamientos filosófico - geográficos, sembrados al voleo por Federico Ratzel en su admirable *Antropogeografía* y en su no menos excelente libro *La Tierra y la Vida,* obras todas ellas que pueden considerarse como verdaderos y luminosos estudios de geografía comparada en el más alto sentido de la palabra, podrá apreciar cuánta distancia hay to-

davía de los escritos geográficos de Servet a estas espléndidas construcciones de los grandes geógrafos contemporáneos.

Y aún sin llegar a nuestra época, ¿cómo negar que la profunda síntesis científica de Bernardo Varenius, titulada *Geographia Generalis*, tan celebrada por Newton, es también muy superior en el empleo de los procedimientos comparativos a los trabajos de Servet, con ser éstos interesantes y dignos de alabanza?

En estricto rigor, toda geografía científica digna de tal nombre debe ser geografía comparada, ya que el estudio geográfico no asciende al rango de ciencia sino cuando, entrando en la explicación de los hechos, averigua las causas y leyes de los mismos, lo cual no podrá jamás conseguir sino analizando y comparando fenómenos con fenómenos, regiones con regiones y épocas con épocas.

Algo de esto hizo Servet en sus ediciones de Tolomeo de 1535 y 1541; pero, ni Servet fué el primero en emplear el método comparativo, ni lo empleó de modo tan sistemático, tan am-

plio y tan profundo que su obra pueda parangonarse en este punto con las que antes he mencionado de Varenius, Ritter, Humboldt y Ratzel.

Mucho antes que él habían utilizado el método comparativo otros geógrafos insignes, y señaladamente lo hicieron entre los griegos aquellos grandes espíritus, que se llamaron Aristóteles, Eratóstenes, Polibio y Estrabón. Este último es entre todos los geógrafos de la antigüedad el que más se aproxima al verdadero concepto de la geografía. Aunque anterior a Tolomeo, su obra es muy superior a la de éste como estudio propiamente geográfico.

Hubo un tiempo en que se dió el nombre de Geografía Comparada a aquella parte o sección de los estudios geográficos, que se ocupa en indagar la correspondencia entre la nomenclatura geográfica antigua y la moderna. En este sentido está empleada dicha denominación en la edición francesa (tomo último) de la *Geografía Universal* de Guthrie, que tanta boga adquirió a fines del siglo XVIII y principios

del XIX (67). Pero este concepto trasnochado es demasiado pobre para merecer antonomásticamente el título de Geografía Comparada. Y digo antonomásticamente, porque, como dejo demostrado, toda geografía lleva ya implícito este adjetivo, aunque expresamente no se mencione, ni deba mencionarse, puesto que sería una redundancia.

Mas ya que no pueda atribuirse a Servet el pomposo título, que algunos quieren otorgarle, justo es decir que en la época en que vivió el esclarecido médico español no estaban maduros los tiempos para llevar a cumplido término obras, como la que Varenius intentó en el siglo XVII, o como las que Humboldt, Ritter y Ratzel han procurado realizar con elementos mucho más copiosos en el siglo XIX.

Esto mismo realza el mérito de nuestro compatriota, si se tiene en cuenta la obra magna, que en la primera mitad del siglo XVI supo llevar a cabo con los insuficientes medios, de que entonces se disponía para este género de estudios.

Por otra parte, sus trabajos geográficos no fueron estériles. Ya hemos visto cómo el más ilustre de los geógrafos alemanes de aquel siglo, Sebastián Munster, los utilizó con admiración y perseverancia. Vimos también que el doctísimo Abraham Ortelio se inspiró de cerca en las enseñanzas servetianas. Y ya directamente, ya a través de las obras de Ortelio y Munster, siguieron en repetidas ocasiones a nuestro autor otros geógrafos notables de aquella época.

En lo que se refiere concretamente al estudio de Tolomeo, no se podrá prescindir en ningún tiempo de muchas de las correcciones y comentarios del Villanovano.

Bien lo comprendió el esclarecido padre Enrique Fórez, que entre las ediciones de Tolomeo, que usaba con frecuencia para la redacción de su *España Sagrada,* tuvo siempre a mano la edición de Servet de 1541. Nos lo dice él mismo con estas palabras: "Las (ediciones) que yo uso son la que salió con nombre de Miguel Villanovano en Viena, año de 1541; la

de José Molecio, en Venecia, 1562, y la de Nicolás Germán, en Ulma, 1486" (68).

En donde, como veis, cita en primer término la edición de Servet, aunque el orden cronológico hubiera exigido que mencionase antes la de Ulm.

XII

Valor político de la geografía, según Servet.—Consideraciones finales.

Como tan aficionado a los estudios geográficos y tan versado en ellos, Servet llamó reiteradamente la atención de sus lectores sobre la importancia y la necesidad de la geografía para el buen gobierno de los pueblos. ¿Y cómo no había de hacerlo si con ser la geografía indispensable al historiador, al economista, al militar y al filósofo, es el gobernante quien más necesidad tiene de sus luces para conducir a las naciones por los caminos del éxito?

En la dedicatoria de su edición de 1541 al arzobispo de Vienne, Palmier, alaba Servet al rey Francisco I de Francia, porque poseía gran cultura geográfica, y añade a renglón seguido:

"Conviene que los príncipes que gobiernan el mundo conozcan la Tierra, y deben igualmente conocerla los que sirven a los príncipes, sobre todo si son utilizados en funciones diplomáticas. A lo cual se agrega la amenidad de estos conocimientos, que perfeccionan el espíritu e impresionan gratamente el alma. Sin ellos andaríamos a la manera de brutos animales como perdidos en un desierto sin saber imprimir rumbo seguro a nuestra vida" (69).

De intento he dejado estas palabras del sagaz comentador de Tolomeo para el final de mi discurso, porque deseo que ellas sean, más que el término, el coronamiento de mi modesto trabajo.

En el mismo sentido que Servet se expresaron siglos después hombres tan ilustres como Jovellanos, Antillón y Joaquín Costa, que insistentemente llamaron la atención sobre la alta trascendencia política de los estudios geográficos.

Y con razón, señores Académicos, porque como lo sabéis perfectamente vosotros, que

enaltecéis con vuestros prestigios esta sabia Corporación, a la que a mí, sin merecimientos para ello, habéis querido elevarme, la geografía, además de su alto valor especulativo, y precisamente por tenerlo, es también una lección insuperable de orientación práctica.

De la situación de un país en la superficie terrestre, de la extensión y calidad del territorio que ocupe, de los recursos y medios de todo género que éste le ofrezca dependerá la dirección que deba dársele en su desenvolvimiento interior y en sus relaciones con los demás pueblos.

No importa que el hombre esté dotado de un alma espiritual en cuanto individuo, y que si lo consideramos socialmente sean también los valores espirituales los más altos y estimables de toda colectividad humana. No por eso puede prescindir el hombre individual de su organismo, ni pueden prescindir las sociedades de los factores físico-biológicos, que las integran y contribuyen en alto grado a caracterizarlas.

La vida de los pueblos es siempre una obra

de colaboración con la Tierra. Colaboración racional y provechosa, si el hombre, asociándose sagazmente a los seres y fuerzas naturales, sabe obtener de unos y otras la debida utilidad desarrollando los recursos con que la Naturaleza le brinda, fomentando lo favorable y modificando lo adverso. Colaboración ciega y funesta, o más bien vencimiento del hombre por la Naturaleza, si el ser humano estulta e indolentemente se deja avasallar por las fuerzas exteriores, en lugar de encontrar entre ellas mismas, mediante el estudio diligente, los medios de encauzarlas y utilizarlas en beneficio propio.

Por eso los avances de la civilización no consisten en irse desligando del medio físico, como a primera vista se pudiera pensar, sino, por el contrario, en enraizarse y solidarizarse cada vez más con él, mediante el inteligente examen y el sagaz aprovechamiento de los seres y de las fuerzas. que nos rodean en la superficie del planeta.

Los pueblos nómadas están menos ligados al

suelo que los sedentarios, y entre éstos son precisamente los más adelantados los que más íntimamente han llegado a compenetrarse con la parte de la Tierra, que les sirve de apoyo y sustento.

Podría decirse sin exageración que las naciones son a la manera de plantas colosales arraigadas en el territorio. Para progresar necesitan, como los árboles, profundizar cada vez más en el suelo, que las nutre y sostiene; mientras que, desinteresadas y desligadas de él, languidecen y mueren irremisiblemente. Es lo que de modo admirable nos da a entender el viejo mito de Anteo, hijo de la Tierra. Mientras no perdía el contacto con ésta era invencible, aun por las fuerzas de Hércules; pero fué vencido y muerto al quedar aislado del suelo.

¡Cuántas enseñanzas se deducen de esta vieja fábula mitológica, fiel reflejo de lo que es la vida de las sociedades en relación con el medio natural!

La historia las confirma plenamente. Ella nos dice que muchos pueblos decayeron o su-

cumbieron a lo largo de los siglos por hacer una política antifísica, antibiológica, antigeográfica. Ella nos refiere también que cuando algunos países desconocieron los valores intrínsecos o los valores de posición, que tenían en su territorio, y, por no conocerlos, no los utilizaron y defendieron previsora y fuertemente, acabaron por ser víctimas de codicias extranjeras.

En lo cual se ve un justo castigo de su imprevisión. Porque cuando las naciones han recibido, en el que podríamos llamar su lote geográfico, grandes valores, cuyo aprovechamiento interesa a toda la humanidad, no tienen derecho a dejarlos improductivos. Y si así lo hacen, entonces otros pueblos más inteligentes y emprendedores se encargan de aplicar inexorablemente la ley de la expropiación forzosa en beneficio de la humanidad. Es la explicación de muchos dolorosos acontecimientos de ayer. Es la profecía, bien fácil por cierto, de muchos sucesos de mañana.

Meditemos sobre estas elocuentes y a veces

terribles lecciones de la experiencia. Ellas nos demuestran que los pueblos para caminar con paso firme hacia adelante necesitan cultivar con interés y perseverancia los estudios geográficos.

Al progreso de los cuales contribuyó poderosamente Miguel Servet con los escritos luminosos, cuyo contenido acabo de exponer y comentar brevemente en este trabajo.

Miguel Servet, filósofo eminente, médico genial, geógrafo insigne, es uno de los grandes valores de la cultura hispánica.

No le fué dado descubrir nuevas tierras o nuevos mares, como a muchos compatriotas nuestros de aquel siglo, a quienes él admiró y enalteció; pero hizo algo de calidad más excelente todavía, descubrió nuevas verdades científicas, o, lo que es lo mismo, ensanchó los dominios espirituales de la humanidad.

Y, aunque por desgracia incurrió también en graves errores teológicos, porque Dios permite a veces la ofuscación de los grandes entendimientos, para que nadie confíe demasiado

en las fuerzas de nuestra flaca razón, cuando trata de penetrar en los misterios de lo Alto, es innegable que por encima de estas equivocaciones se destaca su amor ferviente a la Ciencia, a la Libertad y a la Justicia, ideales excelsos, verdaderamente dignos de nuestras almas inmortales.

NOTAS

NOTAS

(1) Véase, por ejemplo, la deplorable traducción que hace el geógrafo D. Segundo de Ispizua de un sencillísimo pasaje latino.

Se trata de unas palabras de Nebrija (en su *In Cosmographiæ libros Introductorium)*, que dicen:

"..... quod falsum esse tum autoritate Pomponii, Plinii, Nepotis, tum lusitanorum navigatione compertum est....."

Quien tenga algún conocimiento, por mediano que sea, de la lengua y literatura latinas, traducirá sin dificultad el citado pasaje en su verdadero sentido, que es éste: "lo cual se demuestra ser falso, tanto por la autoridad de Pomponio *(Mela)*, Plinio y Nepote *(Cornelio)*, como por la navegación de los portugueses..." Pero el Sr. Ispizua traduce estos renglones del siguiente modo: "lo cual se prueba, ya con la autoridad de Pomponio, *¡nieto de Plinio!*, ya con lo que se ha descubierto merced a la navegación de los portugueses."

¡Sin comentarios!

Vid. pág. 317, tomo I de la *Historia de la Geografía y de la Cosmografía en las edades antigua y media, con relación a los grandes descubrimientos*

marítimos realizados en los siglos XV y XVI por españoles y portugueses, por SEGUNDO DE ISPIZUA. (Madrid, 1922.)

(2) *Os Lusiadas*, Canto I, estrofa tercera.

(3) *Claudii Rutilii Numatiani* de reditu suo ITINERARIUM, lib, I, v. 66.
Merece ser reproducido todo el párrafo:

Fecisti patriam diversis gentibus unam;
Profuit injustis, te dominante capi;
Dumque offers victis proprii consortia juris,
Urbem fecisti, quod prius orbis erat.

(4) Es digno de consultarse sobre esta materia el libro del académico D. Angel de Altolaguirre, *Cristóbal Colón y Pablo del Pozzo Toscanelli* (Madrid, 1903).

(5) Véase el interesante trabajo de Gossellin, *Recherches sur le Systeme Geographique de Marin de Tyr*. Forma parte de su obra: *Recherches sur la Geographie systematique et positive des Anciens* (tomo II, pág. 31), París, 1798.

(6) ΚΛΑΥΔΙΟΥ ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ ΓΕΩΓΡΑΦΙΚΗ ΥΦΗΓΗΣΙΣ. Voluminis primi pars prima (Parisiis, M.DCCCLXXXIII), páginas 27 y siguientes.

(7) Puede verse la descripción del globo de Behaim en LELEWEL (J.) *Geographie du Moyen Age* (tomo II,

páginas 135 y siguientes), y su reproducción gráfica en el *Atlas* del propio Lelewel.

También está reproducido en el hermoso *Atlas der Festschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin zur vierhundertjährigen feier der endeckung Amerika's.*

(8) Séneca escribe textualmente: "Quantum enim est quod ab ultimis littoribus Hispaniæ usque ad Indos jacet? Paucissimorum dierum spatium, si navem suus ventus implevit."

Naturalium Quæstionum liber primus, Præfatio (página 58 de la edición de París de 1830).

(9) Es decir, en 15 intervalos horarios, o, lo que es igual, en 225 grados.

(10) *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón* (Madrid, 1914), pág. 290.

(11) Parece lo más probable que Claudio Tolomeo nació en *Pelusium* (Bajo Egipto); pero como residió durante gran parte de su vida en Alejandría y en este emporio del saber preparó y dió a conocer primeramente sus obras, se le suele llamar generalmente *alejandrino.*

Tolomeo vivió en el siglo II de la Era Cristiana, durante aquella época del Imperio Romano, que ha caracterizado admirablemente el ilustre Alejandro de Humboldt con estas palabras: "El Gobierno, como sucede en todas las monarquías absolutas, que ocupando inmensos espacios presentan la reunión de

las partes más heterogéneas, se cuidaba especialmente en conjurar la innminente ruptura de aquella alianza facticia por la disciplina militar y por la emulación que introducía en la administracin subdividiéndola; en ocultar las discordias intestinas de la familia imperial, ya dulce, ya severamente, y en asegurar por fin a los pueblos, por medio de gobernadores ilustres, aquel triste reposo que puede procurar temporalmente el despotismo aceptado sin resistencia.

(*Cosmos*, ensayo de una descripción física del mundo, vertido al castellano por Bernardo Giner y José de Fuentes. Tomo II, Madrid, 1874, pág. 180.)

La explicación de este manso acatamiento del despotismo nos la da en parte la vigorosa pluma de Tácito cuando escribe en sus *Anales*, hablando de las causas que contribuyeron a consolidar la autoridad imperial: "Habiendo faltado a causa de las guerras y proscripciones los más valerosos ciudadanos, y los otros nobles, cayendo en que cuanto más prontos se mostraban a la servidumbre tanto más presto llegaban a las riquezas y a los honores, viéndose engrandecidos por este medio, quisieron más el estado presente seguro que el pasado peligroso."

(*Los Anales*, de Cayo Cornelio Tácito, traducidos por D. Carlos Coloma. Tomo I, edición de Madrid de 1903, pág. 17.)

(12)

Si primos aditus elementaque cosmographiorum
Scire cupis: fuerint hæc tibi pauca satis
Si maiora voles cognosce, perlege libros

Quos scripsit Strabo, Plinius atque Mela
Quos artis princeps Ptolomæus, quos Avienus
Carmine composuit, quos Stephanusque dedit.

Etc., etc.

Aelii Antonii Nebrissensis *grammatici in Cosmographiæ libros Introductorium.* (Portada).

(13) "Fuit Strabone, Plinio et Pomponio Mela posterior, sed qui illos et priores omnes in geographico artificio facile superarit."

Pág. 2.

(14) Sobre las ediciones de Tolomeo véase: Winsor (J.) A *Bibliography of Ptolemy's Geography, Library of Harvard University, Bibliographical contribution núm. 18. Cambridge, Mass. 1886.* Y también Nordenskiöld: *Facsimile Atlas* (Stockholm, 1889).

(15) Folio 1 de la edición de Vicenza de 1475, que describiré más adelante.

(16) *Histoire de l'Astronomie Ancienne* (París, 1817). Tomo I, pág. XVI.

(17) Vid. Amable Jourdain: *Recherches critiques sur l'age et l'origine des traductions latines d'Aristote et sur des commentaires grecs ou arabes employés par les docteurs scolastiques.* (Nouvelle edition revue et augmentée par Charles Jourdain. (París, M.DCCC XLIII.)

Véase, sobre todo, el capítulo tercero, que lleva este título: "De l'introduction de la philosophie musul-

mane en occident et recherches sur les traductions arabe-latines."

(18) Delambre creyó equivocadamente que esta traducción se había hecho en el siglo XVI. Véase su obra antes citada.

(19) Vid. Bonilla y San Martín: *Historia de la Filosofía Española*, tomo I, pág. 320.
Otros atribuyen esta versión a Platón de Tívoli.

(20) Vid. Pons Boigues (Francisco): *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos árabigo-españoles* (Madrid, 1898), pág. 309.

(21) Cf. Lelewel (J.): *Geographie du Moyen Age* (Bruxelles, 1852). Tomo I, pág. 18 y tomo II, pág. 12.

(22) En esta confusión de llamar Almagesto a la "Geografía" de Tolomeo incurrió geógrafo tan eminente como M. Marcel Dubois, profesor que fué de la Universidad de París. Véase su "Géographie Générale" (Deuxième edition, Paris, 1907), páginas 133 y 134.

(23) Página 201.

(24) *Recherches critiques sur l'age et l'origine des tradutions latines d'Aristote*, cap. VI.

(25) Pueden verse en el eruditísimo estudio de

Ambrosio FIRMIN-DIDOT: *Alde Manuce et l'hellénisme a Venise.* (París, 1875).

(26) LUDOVICO PASTOR: *Historia de los Papas desde fines de la Edad Media.* (Versión de la cuarta edición alemana por el R. P. Ramón Ruiz Amado.) Volumen I (Barcelona, MCMX), páginas 323 y 325.

(27) Puede verse la descricpción de este importante códice en la obra de mi ilustre predecesor en la Academia P. GUILLERMO ANTOLÍN: *Catálogo de los Códices latinos de la Real Biblioteca del Escorial.* Tomo IV, pág. 282.

(28) La edición de 1475 es un volumen en 4.° m. Comienza en el folio 1 con la dedicatoria del traductor al papa Alejandro V en esta forma: "Beatissimo Patri Alexandro Quinto. Pont. Max. Angelus."
(Al fin). "Angelus Vadius et Barnabas picardus vicentinus lectori salutem..... En tibi lector *Cosmographia* Ptolemæi a Hermano Levilapide Coloniensi, Vicenciæ accuratissime impressa. Benedicto Trevisano et Angelo Michaele præsidibus. MCCCCLXXV".

(29) *Les Geographes Allemands de la Renaissance* (París, 1890), pág. 18.

(30) "Claudii Ptolemei viri alexandrini mathematice discipline philosophi doctissimi Geographie opus novissima traductione e grecorum archetypis castiga-

tissime pressum: ceteris ante lucubratorum multo prestantius."

(Al fin del texto e índice). "Anno Christi op. Max. MDXIII. Marcii XII. Pressus hic Ptolemeus Argentine vigilantissima castigatione industriaque Ioannis Schotti urbis indigene.

Regnante Maximiliano Caesare semper Augusto."

Siguen los mapas antiguos y modernos, y después de éstos un pequeño y deplorable tratado de geografía descriptiva con este título:

Locorum ac mirabilium. De Locis ac mirabilibus mundi. Un gran volumen en folio. (Biblioteca de la Facultad de Derecho de la Universidad Central.)

(31) Dice la primera página de esta edición de 1514:

"In hoc opere hæc continentur Nova traslatio primi libri geographiæ Cl. Ptolomæi; quæ quidem translatio verbum habet verbo fideliter expressum Ioanne Vernero Nurenbergense interprete.

In eundem primum librum geographiæ Cl. Ptholomæi argumenta, paraphrases, quibus idem liber per sententias ac summatim explicatur et annotationes eiusdem Ioannis Verneri, etc., etc."

(Al fin). "Explicit geographicus hic liber per ipsius compositorem atque per Conradum Heinfogel artium et philosophiæ magistrum fideliter emendatus recognitusque Necnon a Ioanne Stuchs *Nurenbergæ* impressus. Anno domini nostri Iesuchristi, Millessimo quingentessimo decimocuarto. Pridie nonas Novembris phebe ad Iovis contubernium defluente."

4.° m. (Biblioteca Nacional.)

(32) *Claudii Ptolemæi Geographicæ enarrationis libri octo Bilibaldo Pirckeymhero interprete. Annotationes Ioannis de Regio Monte in errores commissos a Iacobo Angelo in translatione sua.*

Al fin de las *Annotationes* del Regiomontano:

Argentoragi, Iohannes Grieningerus, communibus Iohannis Koberger impensis excudebat. Anno a Christi Nativitate MD.XXV. Tertio Kals. Apriles.

A continuación el índice.

Un volumen en folio. Contiene 50 mapas. (Biblioteca de San Isidro, de Madrid.)

(33) *Clarissimi ætatis nostræ Mathematici, Iohannis de Monte Regio, fragmenta quædam annotationum in errores quos Iacobus Angelus in translatione Ptolemæi commisit.*

(34) He aquí la descripción de esta importante obra, que es un gran volumen en folio:

Claudii Ptolemæi Alexandrini Geographicæ enarrationis libri octo ex Bilibaldi Pirckeymheri tralatione, sed ad Græca et prisca exemplaria a Michaele Villanouano iam primum recogniti. Adiecta insuper ab eodem Scholia, quibus obsoleta urbium nomina ad nostri seculi morem exponuntur. Quinquaginta illæ quoque cum veterum tum recentium tabulæ adnectuntur, uariique incolentium ritus et mores explicantur (Escudo tipográfico). *Lugduni ex officina Melchioris et Gasparis Trechsel fratrum.* M.D.XXXV.

Al verso de la portada sigue el prólogo de Servet: *Michael Villanovanus lectori S.*

La página, que viene a continuación no es del Villa-

novano, sino mera reproducción de la dedicatoria, que para su edición de 1525 redactó Pirckheimer.

El texto de Tolomeo está a dos columnas y comprende hasta la pág. 149 inclusive. En notas marginales o interlineales se insertan las correcciones y escolios de Servet.

Al fin del texto: *Excudebant Lugduni Melchior et Gaspar Trechsel fratres,* M.D.XXXV.

En el folio siguiente comienzan los mapas, insertándose primeramente los de Tolomeo-Agathodemon, y después los modernos. Son 27 los primeros y 23 los últimos.

Al dorso de los mapas están impresas las descripciones modernas de países, que llevan al frente del mapa primero (el de las Islas Británicas) este encabezamiento: *Europæ regionum traditio recens Michaëlis Villanovani.* Sin embargo, no toda esta parte descriptiva es de Servet, como demuestro en el discurso.

Los últimos folios, a continuación de los mapas, están dedicados a un minucioso, aunque poco práctico, índice de materias, a una instrucción para medir distancias de lugares sobre el mapa y a dos tablas, una para la reducción de grados de los paralelos a grados ecuatoriales y otra para hallar sin trabajo las raíces cuadradas.

Toda esta última parte es reprodución con muy ligeras modificaciones de las páginas, que figuran al final de la edición de Estrasburgo de 1525.

Viene, por último, la fe de erratas.

He visto ejemplares de esta edición de 1535 en la Biblioteca Nacional y en la de San Isidro (Madrid).

(35) Acerca de la vida y muerte de Servet, así como acerca de sus escritos médicos y teológicos, hay una copiosa bibliografía, que puede verse en el artículo publicado por Charles Dardier en la *Revue Historique* (1879) con este título: *Michel Servet d'apres les plus recents biographes.*

Véase también la *Historia de la Iglesia,* por el Cardenal Hergenröther (tomo V de la versión castellana, pág. 179).

(36) Es sensible que el Sr. Menéndez y Pelayo, en el capítulo que dedicó a Servet en su *Historia de los heterodoxos españoles,* se inspirase demasiado de cerca en el deficiente trabajo publicado por Charles Dardier en la *Revue Historique.* De aquí ésta y otras equivocaciones del insigne polígrafo.

Que la coronación de Carlos V tuvo lugar en Bolonia el día de San Matías de 1530 (24 de febrero) es un hecho muy conocido y prolijamente narrado por los historiadores de aquel tiempo y de los siglos posteriores.

Véase la obra del académico D. Manuel de Foronda y Aguilera: *Estancias y Viajes del Emperador Carlos V desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte, comprobados y corroborados con documentos originales, relaciones auténticas, manuscritos de su época y otras obras existentes en los Archivos y Bibliotecas públicas y particulares de España y el extranjero.* Pág. 337.

(37) De ambas obras he visto ejemplares en la Biblioteca Nacional, de Madrid.

(38) Don Mariano Pano publicó en la benemérita *Revista de Aragón* (año 1901), dos artículos sobre *La Familia de Miguel Servet*, en los cuales da cuenta de varios documentos autorizados como notario por Antonio Servet *alias* Reves, padre del célebre heterodoxo.

El primero es del año 1511, en el que probablemente nació el futuro comentador de Tolomeo.

Estos documentos se conservan en el Archivo del Monasterio de Sigena, próximo a Villanueva, en donde el padre de Miguel Servet ejercía las funciones notariales.

(39) El Sr. Menéndez y Pelayo escribe en su *Historia de los heterodoxos españoles* (tomo IV de la segunda edición, pág. 312):

"Toda duda acerca de la patria de Servet debe desaparecer ante la declaración explícita que él hizo en su primer proceso, el de Viena del Delfinado. Allí se dice *natural* de Tudela, en el Reino de Navarra."

Pero con todo el respeto debido al ilustre polígrafo he de decir que el argumento no es tan decisivo como a primera vista podría parecer.

Nótese que Servet estaba entonces bajo el peso de un proceso gravísimo. ¿Y no es de presumir que en la declaración prestada en circunstancias tan críticas dijese lo que más pudiera favorecerle, aunque no fuese lo más ajustado a la verdad?

Se le imputaba en el proceso de Vienne la paternidad de la obra *Christianismi Restitutio*, llena de errores contra el dogma católico. El negaba haber sido su autor, a pesar de que lo era. Y para dar más

fuerza a su negativa le interesaba presentarse ante sus jueces como persona distinta del Miguel Servet, aragonés, que en 1531 y 1532 había publicado las obras heréticas, de las que era, en parte, reproducción y ampliación la ahora perseguida. Nada tiene, por lo tanto, de sorprendente que encontrándose en tierra extranjera, en la que era difícil comprobar lo que dijese sobre el lugar de su nacimiento, se presentara en Vienne, como navarro, natural de Tudela, y no como aragonés.

Más adelante quedó probada en el proceso su verdadera personalidad, demostrándose que era el autor de la *Christianismi Restitutio* y el mismísimo Servet, que había publicado los libros de 1531 y 1532. Por eso en Ginebra no insistió ya en hacerse pasar por navarro, y afirmó lisa y llanamente ser de Villanueva de Aragón.

Más valor tendría para probar su nacimiento en Navarra lo declarado por él en París cuando se matriculó como estudiante. Parece que entonces afirmó ser natural de aquella tierra. Pero tampoco esta declaración es argumento decisivo, porque consta positivamente que desde que entró en Francia, a raíz de sus publicaciones anticatólicas de Haguenau, quiso borrar el recuerdo de estos sus peligrosos antecedentes y adoptó para ello el apellido *Villanovano* o de *Villanueva*, abandonando el de Servet, que hasta entonces había usado.

Cabe, por tanto, suponer que ya antes del proceso de Vienne, y con objeto de despistar sobre su verdadero origen, se hacía pasar por navarro.

Se dirá tal vez que en el supuesto de haber nacido

en Villanueva de Sigena era mal camino para disfrazar su personalidad el adoptar precisamente ese nombre como apellido. Pero la objeción no tiene fuerza, porque el apellido *Villeneuve* era frecuente en Francia, y muchos también en España y fuera de ella los pueblos denominados Villanueva. Por lo cual el hecho de hacerse llamar *Villeneuve* o *Villanovano* no conducía necesariamente a que se le supusiera natural de Villanueva de Aragón, pueblo que casi nadie conocería en la nación vecina.

Por otra parte, es natural que al adoptar un nuevo apellido no lo hiciese de un modo absolutamente arbitrario. ¿Qué tiene, pues, de extraño que para este fin el primero que le viniese a las mientes fuese el nombre de su pueblo natal?

(40) Véase D'ARTIGNY: *Nouveaux memoires d'histoire, de critique et de litterature.* (París, 1749, tomo II).

En este punto hay conformidad entre los biógrafos de Servet.

(41) La edición de la *Geografía* de Tolomeo, publicada por Servet en Lyón el año 1535, nos proporciona un dato más para corroborar que el heterodoxo español había estado en París antes de esta fecha.

Este dato, que hasta ahora no ha sido utilizado por los biógrafos de nuestro aragonés, es un pasaje de la descripción de Francia, en el que dice haber visto al rey de aquella nación intentando curar las escrófulas por la imposición de las manos. "Vidi ipse —es-

cribe— regem plurimos hoc languore correptos tangentem, an sanati fuerint non vidi". Esto debió verlo en París, y no en Lyón.

Las palabras transcritas las reprodujo literalmente Sebastián Munster en sus ediciones de Tolomeo, sin decir que eran de Servet. De aquí que en algunos autores surgiese la duda de si este célebre geógrafo habría estado en la capital de Francia.

Añadiré que en la edición de Tolomeo de 1541, Servet modificó el párrafo aludido del siguiente modo: "Vidi ipse regem plurimos hoc languore correptos tangentem, *pluresque sanatos passim audivi.*"

Haría probablemente esta rectificación por deferencia a su protector de entonces el arzobispo de Vienne. Aún así, no llegó a escribir que el rey de Francia hubiese curado las escrófulas, sino que lo había oído decir.

(42) La primera edición de las correcciones del texto de Mela por el Pinciano lleva este título:

Pomponii Melæ. Castigationes in Pomponium Melam, Geographum eminentissimum.

Al fin: *Finis Geographiæ Pomponii Melæ scriptoris clarissimi cum castigationibus Fredenandi Pinciani ex Societate militum divi Iacobi professoris in Academia Salmanticensi anno MDXLIII. Die VII mensis Martii.* (Biblioteca de Derecho de la Universidad Central.)

Al año siguiente de la publicación de sus *Correcciones* al texto de *Pomponio Mela* dió a la imprenta el "Comendador Griego" sus estudios sobre Plinio con este título:

Observationes Fredenandi Pintiani professoris utriusque linguæ et humaniorum studiorum in inclyta Academia Salmanticensi in loca obscura aut depravata historiæ naturalis C. Plinii cum retractationibus quorumdam locorum geograpiæ Pomponii Melæ..... Impresæ in urbe clarissima Salmantica, in officina eximii viri Joannis Giuntæ. Anno MDxliiij, mense Ianuario. (Biblioteca Nacional.)

Está dedicada la obra al obispo de Coria D. Francisco de Bobadilla, que costeó la edición.

Solamente corrige Hernán Núñez los once primeros libros de Plinio, habiendo tomado como texto para introducir las correcciones la edición de Basilea de 1539, que le parecía la menos mala de las hasta entonces publicadas.

(43) *Claudi Ptolemaei Alexandrini Geographiæ Enarrationis libri octo, Ex Bilibaldi Pirckeymheri tralatione, sed ad Græca et prisca exemplaria a Michaële Villanouano secundo recogniti, et locis innumeris denuo castigati. Adiecta insuper ab eodem Scholia, quibus et difficilis ille Primus Liber nunc primum explicatur, et exoleta Urbium nomina ad nostri seculi morem exponuntur. Quinquaginta illæ quoque cum veterum tum recentium Tabulæ adnectuntur, uariique incolentium ritus et mores explicantur. Accedit index locupletissimus hactenus non visus.* (Escudo del editor). *Prostant Lugduni apud Hugonem a Porta. M.D.XLI.*

Colofón: *Gaspar Trechsel* EXCUDEBAT VIENNÆ, M.D.XLI.

Es decir, que la obra se imprimió en Vienne (del

Delfinado), aunque el editor, Hugo de la Porte, residía en Lyón.

Hago esta aclaración porque algunos autores, por no haber leído el colofón, creyeron equivocadamente que el libro se había impreso en Lyón.

Para salir de este error hubiérales bastado con leer la dedicatoria de Servet al arzobispo de Vienne, en donde se leen estas palabras, que dejo traducidas en la pág. 84: "Quo enim alio duce prodirè decuit Ptolemæum, *Viennæ et castigatum et excusum*, quam te ipso Viennensium duce? eoque Ptolemæi studioso?"

Además, Servet nos dice claramente en la misma dedicatoria que el librero de Lyón, Hugo de la Porte, fué el editor, y editor rumboso, que no perdonó gasto para que la obra resultase lo más perfecta posible. "Calcar insuper adiecit exhortatio *Hugonis a Porta, bibliopolæ Lugdunensis*, viri de re tota literaria quam optime meriti, *qui nullis pepercit impensis*, ut Claudius noster Ptolemæus, quoad eius fieri possit, a mendis, quibus, scatebat, emacularetur."

Añadiré que las señas de impresión están claramente consignadas, no sólo al final de la obra, sino también a continuación del texto de Tolomeo, en donde se lee textualmente: "Gaspar Trechsel excudebat Viennæ, M.D.XLI."

El tamaño de esta edición es un poco menor que el de la de 1535. La paginación, sin embargo, es la misma. Las principales diferencias que las separan son, además de un aumento considerable de escolios y de no pocas correcciones de todo género, el índice alfabético, mucho más práctico que el de la edición

precedente, y la dedicatoria al arzobispo de Vienne. *Amplissimo illustrissimoque ac Reverendiss. D. Dno. Petro Palmerio, Archiepiscopo et Comiti Viennensi Michaël Villanovanus, Medicus S. D.*

Esta dedicatoria se inserta en la pág. 3, ocupando el mismo lugar que en la edición de 1535 ocupaba la dedicatoria de Pirckheimer.

Al final del prólogo, que figura en la página anterior, hay estos versos, que probablemente son del propio Servet. ¿Quién no hacía versos entonces?

Si terras et regna hominum, si ingentia quæque
Flumina, cæruleum si mare nose iuvat
Si montes, si urbes populoque opibusque superbas,
Huc ades, hæc oculis prospice cuncta tuis.

Los mapas son los mismos de la edición de Lyón.

He visto ejemplares de esta edición de 1541 en la Biblioteca Nacional, en la de San Isidro (Madrid) y en la de la Real Academia de la Historia.

(44) Pág. 3.

(45) "Et quo magis tyronum animos ad hanc lectionem intenderemus, materna lingua tanquam faciliore plurima urbium vocabula explicuimus; ut cum Gallis gallice, cum Germanis germanice, cum Italis italice, cum Hispanis hispanice loqui videremur; quorum omnium regiones vidimus et linguas utcunque novimus. In reddendis sermoni vernaculo urbium nominibus, scriptorum autoritate, propria experientia, certissimis coniecturis, quoad eius fieri potuit sumus connixi. Cæterum plurimas earum quæ a

Ptolemæo sunt descriptæ, cum sint excissæ, nos silentio prætérivimus. Ast ubi desolatarum eodem aut proximo loco urbes aliæ successere, novam structam loco scriptæ destructæ subrogavimus: in margine quidem, nam ipsum Ptolemæi scriptum inviolatum esse volumus. Quam nostram operam ad provinciarum orbis notitiam et præsentium cum præteritis collationem, quæ suavis est exercitatio, maxime facere, nemo, ni fallor, inficias iturus est, nisi Zoilus quispiam sit frontis perfrictæ, qui aliorum sudores nequat sine livore dimetiri."

Pág. 2 de la edición de 1535.

(46) El *Thesaurus Geographicus* (editado en 1587, 1596 y 1611), es revisión y ampliación de la obra publicada por el mismo Ortelio en 1578 con el título de *Synonimia Locorum.*

Para dar idea del inmenso contenido de la obra del geógrafo flamenco, reproduzco íntegramente la portada de la edición de 1596:

Abrahami Ortelii Antuerpiani. THESAURUS GEOGRAPHICUS, *recognitus et auctus. In quo omnium totius terræ regionum, montium, promontoriorum, collium, silvarum, desertorum, insularum, portuum, populorum, urbium, oppidorum, pagorum, fanorum, tribuum: Item Oceani, marium, fretorum, fluviorum, torrentium, sinuum, fontium, lacuum, paludumque nomina et appellationes veteres; additis magna ex parte etiam recentioribus, ex libris typis excusis, calamo exaratis, chartis geographicis, marmoribus vetustis, nummis atque tabulis antiqui æris, Obiter multi in hoc opere auctorum veterum loci corrupti, falsi, du-*

bii et discrepantes emendantur, arguuntur, enodantur et conciliantur.

Antverpiæ. Ex officina Plantiniana MDXCVI.

En folio.

(Biblioteca de la Real Academia de la Historia.)

(47) *Claudii Ptolemæi Alexandrini Geographiæ libri octo græco-latini, latine primum recogniti et emendati cum tabulis geographicis ad mentem auctoris restitutis per Gerardum Mercatorem. Iam vero ad græca et latina exemplaria a Petro Montano iterum recogniti et pluribus locis castigati. Adiecta insuper ab eodem nomina recentia et æquipollentia ex variis auctoribus veteribus et recentioribus magna cura collecta in gratiam et usum Geographiæ studiosorum.*

Todocus Hondius excudit sibi et Cornelio Nicolai in cujus officina prostant Francofurti, 1605 (Biblioteca Nacional).

(48) La primera edición de los comentarios de Joaquín de Watt (Vadianus) salió de las prensas de Viena (Austria) en 1518.

Aún es más extensa la de Basilea de 1522, de la que he visto un ejemplar en la Biblioteca de Derecho de la Universidad Central. He aquí su título:

Pomponii Melæ de Orbis Situ libri tres, accuratissime emendati, una cum commentariis Ioachimi Vadiani Helvetii castigatioribus et multis in locis auctioribus factis, id quod candidus lector obiter et in transcursu facile deprehendet. Basileæ. Anno MDXXII.

Joaquín de Watt, humanista, geógrafo y médico,

como Miguel Servet, es figura interesante de la época del Renacimiento. Nació en Saint Gall en 1484. Fué profesor en Viena. Ejerció después la medicina en su patria. Y secundó a Zuinglio en sus campañas de reforma religiosa.

Es imperdonable que en la "Colección de Autores Latinos", dirigida por M. Nisard, se incurra en la inexactitud de llamar a Watt *español.*

Vid. el tomo de la colección mencionada, en que se insertan las obras de Macrobio, Varron y Pomponio Mela (París, 1850), pág. 599.

(49) Pág. 50 de la edición de 1541.

En nota marginal de la misma página dice habando de Cerdeña:

"Sardegna vulgo, Sandalyotis et Ichnusa priscis est vocata: Hispani ei dominantur. Iolaos eius colonos nuncupat Diodorus Siculus, lib. 5 et 6. Plinius Ilienses, quos postea Diatesbes vocitatos ait Strabo."

(50) Servet se expresa en estos términos: "Scholia deinceps adiecimus, quo lectio esset dilucidior, suavior et planior, quæ quantum adiumenti lectori sint allatura, eorum esto indicium, qui lectionis usu experimentum fecerint. In evolvendis sane cum Græcorum tum Latinorum poëmatibus, historiis et aliis scriptis: quum de regionibus, civitatibus, montibus et fluminibus, quod persæpe fit, sermo inciderit, si se tunc ad nostri Ptolemæi lectionem quis deflectat, urbium nomina cum priscis et poëtarum nominibus coniucta, et ad nostri temporis sermonem coaptata, iucunditatis nonnihil proculdubio lectori sunt allatura, cum

nuda Ptolemæi lectio parum venusta hactenus visa sit."

Pág. 2 de la edición de 1535.

(51) *Geografía Elemental.* Compendio didáctico y razonado por D. Ricardo Macías Picavea (Valladolid, 1897), pág. 13.

(52) ΓΕΩΓΡΑΦΙΚΑ. Lib. I, cap. I. (Edición de París, Firmín Didot, 1853), pág. 1 del tom. I.

(53) Pág. 7 de la edición de 1541.

(54) Cap. IV.

(55) Prólogo de la edición de 1541.

Servet da al río Tech el nombre de *Ylleris*, siguiendo a Pirckheimer; pero advierte en nota marginal al texto de Tolomeo que Estrabón llamó a este río *Ylyberis*. En efecto, así es. (Véase Estrabón, libro IV, cap. I, 6). Nuestro Pomponio Mela le da el nombre *Tichis* "Inde est —escribe— ora Sordonum et parva flumina Telis et *Tichis*, ubi accrevere persaeva: colonia Ruscino, vicus Eliberri, magnæ quondam urbis et magnarum opum tenue vestigium *(De Situ Orbis*, lib. II, cap. V., pág. 204 del vol. I de la edición de Leiden de 1748).

(56) Recuérdese, por ejemplo, el texto de Servet, reproducido por Munster, que transcribo en la nota 41: *Vidi ipse*, etc.

(57) En la advertencia final, que puso a continuación de las *Annotationes* del Regiomontano.

(58) Así lo he hecho yo en el *Apéndice cuarto* de este libro al reproducir un capítulo de la edición de 1535.

(59) "Nomen aliquod —dice textualmente— a paucis annis bellica fortitudine Hispani sunt adepti plurimis ab hoste partis victoriis, ut qui laborum, sitis et famis in acie sunt tollerantissimi, et in stratagematibus cautissimi, levi corpore ut facile hostem fugiant et sequantur..... Oceani navigationibus ad incompertas regiones toto orbe sunt clarissimi. Versus meridiem, Africæ fines primi circunnavigavere adusque Calecut et alias Orientis insulas: quod iter Lusitanorum sive Portugallensium est peculiare. Ad occidentem Castellani progressi, post insularum auro divitum multitudinem, quam invenere et imperio suo subiecere, ad ipsum etiam Orientalis Indiæ continentem sunt perducti: in quo in dies magis et magis lustrando persistunt. Regionum quoque quæ sub Australi polo sunt, notitiam nuper adepti."

(60) Viene hablando de los honores concedidos a Cristóbal Colón por los Reyes Católicos después de su primer viaje, y añade: "Iterumque reversus *continentem* et alias quamplurimas insulas adinvenit, quibus nunc Hispani felicissime dominantur. Toto itaque, quod aiunt, aberrant cælo qui hanc continentem Americam nuncupari contendunt, cum Americus multo post Columbum eandem terram adierit, nec

cum Hispanis ille, sed cum Portugallensibus ut suas merces conmutaret eo se contulit."

(61) El párrafo último de la descripción de Tierra Santa dice así: "Scias tamen, lector optime, iniuria aut iactantia pura, tantam huic terræ bonitatem fuisse adscriptam, eo quod ipsa experientia mercatorum et peregre proficiscentium hanc incultam, sterilem, omni dulcedine carentem depromit. Quare promisam terram pollicitam, et non vernacula lingua laudantem *(sic)* pronuncies."

(62) En la edición de Basilea de 1545, de la que poseo un ejemplar, este Apéndice lleva el siguiente título: *Appendix Geographica, in qua tres Orbis partes sigillatim describuntur iuxta modernum rerum statum, explicantur antiqua regionum et populorum nomina, recensentur quorundam regum et principum successiones et genealogiæ, agitur de habitatoribus, moribus, ritibus, fertilitatibus, mutationibus, expugnationibus terrarum, atque aliis id genus proprietatibus, quæ peculiariter in hac vel illa inveniuntur esse aut contigisse terra, autore Sebastiano Munstero.*

(63) Hispania *Damiani a Goes, Equitis lusitani.* Está publicada en el tomo I (páginas 1.160 a 1.173) de la conocida colección titulada *"Hispaniæ Illustratæ, seu rerum, urbiumque Hispaniæ, Lusitaniæ, Æthiopiæ et Indiæ scriptores varii"* (Francfort, 1603). El opúsculo de Goes está fechado en Lovaina a 20 de noviembre de 1541.

(64) Pág. 160 de la edición de Basilea de 1545.

(65) En el *Prólogo* de mi libro: *Un Colaborador de los Reyes Católicos: El doctor Palacios Rubios y sus obras.* (Madrid, 1927.)

(66) En un artículo publicado en la "Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin".
El artículo del pastor protestante de Magdeburgo revela conocimiento directo de los escritos geográficos de Servet; pero adolece de graves inexactitudes y se resiente de falta de preparación técnica en su autor.

(67) *Nouvelle Geographie Universelle, descriptive, historique, industrielle et commerciale des quatre parties du monde.....* par WILLIAM GUTHRIE. (Ouvrage traduit de l'anglais, sur la 19e et derniere edition par Fr. Noel) (París, 1802). Vid. tomo VI, parte II.

(68) *España Sagrada,* tomo V, pág. 367.

(69) Véase el *Apéndice segundo* de este libro.

APÉNDICES

APÉNDICE PRIMERO

Prólogo de la edición de Tolomeo de 1535.

MICHAEL VILLANOVANUS

Lectori S.

Non ab re fuerit, lector amice, de Claudio nostro paucula hic præscribere, ac demum quid nos in hac editione præstiterimus comminisci.

Fuit Ptolemæus Alexandria Aegypti urbe regia oriundus, græcas literas, quibus tunc Aegyptus imbuebatur, abunde doctus; tametsi et Rhodi egerit aliquando; philosophus, astrologus iuxta ac mathematicus strenuus, quod et alia eius monumenta testantur. Floruit sub Traiano, Adriano et Antonino Pio Cæsaribus. Tanta in orbe perlustrando eius fuit solertiæ plus quam Herculea gloria, ut terrarum orbem sine bello invadens, sub regulam quandam censeri coegerit, et nobis fruendum descriptum tradiderit. Nec id solum præstitit, sed cælestia terrestribus coniuxit, eorum mensuras, in unum coagens. Fuit Strabone, Plinio et Pomponio

Mela posterior, sed qui illos et priores omnes in geographico artificio facile superarit.

Quod ad nos attinet, vires omnes ac nervos intendimus, in corruptis emendandis et reclusis explicandis. Periculosus utraque parte labor nec alicui hactenus attentatus; sed pius et qui veniam nobis impetret, sicubi locorum lectori non fecerimus satis.

Illud ne tacuerim: ex aliis codicibus cum græcis tum latinis, aliorumque autorum assidua lectione, locos ad multa millia nos restituisse; quorum centurias aliquot referre operæ pretium foret, ut specimen aliquod gustaturis præberetur. Sed unius Narbonensis Galliæ exempla sat erunt. Libro ij, cap. 10, tabula 3. Europæ, Chetiræ civitas prius legebatur, cum ex græco codice Bætiræ fuerit legendum, quæ est Biterrensis civitas, vulgo dicta Besiers; Stephanus etiam Betarram nominat; Mela, Plinius et Strabo Bliteram.

Fossæ Marinæ ibidem legebatur, cum Fossas Marianas, a Mario Ro. consule dictas, scriptores omnes testentur, quas nunc Aquas Mortuas vocamus. Item flumen Sicarus in altero exemplari legebatur, in altero Tisara, cum neutro modo fuerit legendum, sed Hisara, sive græcum exemplar sive aliorum scripta et maxime Cæsaris

commentarios quis inspiciat; adstipulatur etiam hodiernum nomen quod idem fluvius vulgo retinet. Nec illos taceam qui pro Arari fluvio ibidem scripserant Anar et pro Dubi Buden, Cepero pro Cessero, Loavenniorum pro Avenniorum colonia, Sempos populos pro Sentiis, quos hodie Dignenses. Omissa quoque Cabelliorum colonia duas Massilias fecere, alteram græcam, alteram non græcam, Orobius insuper scribitur ibi fluvius, qui Obris cæteris dicitur. Emendassemus etiam, si licuisset, Tolosæ situm, qui ad Garumnæ, non Illeris fluvii ripam consistit.

Longitudinum et latitudinum numeros, quos emendavimus, ne cui sim morosus hic subticebo, cum ii satis legenti et conferenti patuerint. Nec in ea re a Ptolemæi mente discessimus, sed tantum iuxta priores typos librariorum restituimus errata.

Libro octavo, qui supra alios, si Bilibaldo et Erasmo credimus, castigationem desiderabat, adnotatiunculam adiecimus, qua etiam si totus ille liber periret, facile quisque, vel mediocriter in Mathamaticis peritus, non solum in urbibus a Ptolemæo ibi descriptis, sed in aliis quibuscumque, maiorum dierum quantitates et ab Alexandria distantias metiri queat. Illud item

sciendum, situs ordinem aliquando præposterum, nec eundem esse in Ptolemæi traditione et nostra interpretatione, parumper ab ipso commissa transpositione locorum, ut inter Nemetos et Vangiones Germanos hodie populos in tabula Belgicæ Galliæ commemoratos, et inter Liburnum portum et Populonium promontorium sive Populaniam urbem in Tyrrheno Italiæ pelago.

Nos enim vera nomina in margine reddidimus, sed ipse priores posuit, qui eo quo ipse procedebat ordine posteriores esse debuere. Eodem littore inter Telamonem Hossam et Cossas transpositio est. Idem commissum in Alpium montium nominibus, quod Andreas Alciatus in Tacitum annotavit. In Liguriæ maritimis Iacobus Bracelleus ordinem a Ptolemæo alium nos docuit. Sed hactenus de iis quæ corrupte legebantur.

Scholia deinceps adiecimus, quo lectio esset dilucidior, suavior et planior, quæ quantum adiumenti lectori sint allatura, eorum esto iudicium, qui lectionis usu experimentum fecerint. In evolvendis sane cum Græcorum tum Latinorum poëmatibus, historiis et aliis scriptis, quum de regionibus, civitatibus, montibus et fluminibus, quod persæpe fit, sermo inciderit,

si se tunc ad nostri Ptolemæi lectionem quis deflectat, urbium nomina cum priscis et poëtarum nominibus coniuncta et ad nostri temporis sermonem coaptata, iucunditatis nonnihil procul dubio lectori sunt allatura, cum nuda Ptolemæi lectio parum venusta hactenus visa sit.

Et quo magis tyronum animos ad hanc lectionem intenderemus, materna lingua tanquam faciliore plurima urbium vocabula explicuimus, ut cum gallis gallice, cum germanis germanice cum italis italice, cum hispanis hispanice loqui videremur, quorum omnium regiones vidimus et linguas utcumque novimus.

In reddendis sermoni vernaculo urbium nominibus, scriptorum autoritate, propria experientia, certissimis coniecturis, quoad eius fieri potuit sumus connixi. Cæterum plurimas earum, quæ a Ptolemæo sunt descriptæ, cum sint excisæ, nos silentio præterivimus. Ast ubi desolatarum eodem aut proximo loco urbes aliæ successere, novam structam loco scriptæ destructæ subrogavimus, in margine quidem, nam ipsum Ptolemæi scriptum inviolatum esse volumus.

Quam nostram operam ad provinciarum orbis notitiam et præsentium cum præteritis

collationem, quæ suavis est exercitatio, maxime facere nemo, ni fallor, inficias iturus est, nisi zoilus quispiam sit frontis perfrictæ, qui aliorum sudores nequeat sine livore dimetiri.

Quisquis vero sis, candidus lector, nostras spero vigilias acceptas probatasque feres.—Vale.

APÉNDICE SEGUNDO

Dedicatoria de la edición de Tolomeo de 1541.

Amplissimo, Illustrissimoque ac Reverendissimo D. Domino Petro Palmerio, Archiepiscopo et Comiti Viennensi Michaël Villanovanus Medicus S. D. (1)

Post primam illam Geographiæ Ptolemæi cum Scholiis meis editionem, Archipræsul et Comes amplissime, cum te præsente et patrono, Lutetiæ Mathemata publice profiterer, sedulo operam dedi, ut altera iam editio multo prodiret castigatior. Ad quam rem non mediocre mihi calcar adiecit acre iudicium tuum, cum locos in priore editione corruptos passim deprehenderes. Calcar insuper adiecit exhortatio Hugonis a Porta, bibliopolæ lugdunensis, viri de re tota literaria quam optime meriti, qui nullis pepercit impensis, ut Claudius noster Ptolemæus, quoad eius fieri posset a mendis, quibus scatebat, emacularetur.

---

(1) Véase la pág. 84 de este libro.

Quam nostram operam, imo totum ipsum reformatum Ptolemæum, sacro tuo nomini libuit dedicare, quod unus omnium, quos unquam noverim, sacrorum antistitum, bonas ames literas, literatos foveas, et Geographiæ ipsi nom segniter incumbas. Cœgit me etiam tuorum in me beneficiorum cumulus, qui mihi multis iam annis fueris mæcenas, qui et Geographiam ipsam Ptolemæi a me sis dignatus audire. Unde merito qui olim Ptolemæus clientem novit, nunc te denuo patronum agnoscet.

Quo enim alio duce prodire decuit Ptolemæum, Viennæ et castigatum et excusum, quam te ipso Viennensium duce? eoque Ptolemæi studioso? Viennæ, inquam, Allobrogum, quam sibi iamdudum notam, inter omnes fere Galliarum urbes antiquitate celebrem et Romanorum imperatorum alumnam, nunc sui altricem merito noster Claudius gaudebit.

Gaudebit insuper tot Viennæ propagari cernens suæ Geographiæ peritos. Inter quos primas sibi vendicant consaguinei tui Iohannes Palmerius, Prior Sancti Marcelli, et Claudius a Rupe Forti, vicarius tuus generalis, viri ambo ornatissimi, ac multis nominibus commendandi, quibus ego tantum debeo, quantum Ptolemæo ipsi debent Geographiæ studiosi.

Omitto hic referre quæ me magnus ille Sancti Petri ac Sancti Simeonis Prior, Iohannes, cognomine Albus, de virtutibus suis referre vetat. Nec de sacra illa officialium tuorum triade hic ausim disserere, nec eorum hic tria nomina inserere, cum certum habeam, me pro eorum dignitate non satis dictorum.

Iohannis quoque Perrelli, doctoris medici tui, meique olim studiis apud Lutetiam socii multiplex in philosophia et linguis eruditio maiore alio indiget præcone.

Ad te itaque rediens, o Præsul amplissime, satis feliciter agi cum hisce meis elucubrationibus existimavi, si eas in tuam clientelam, qua uti soles humanitate susciperes. Ita nimirum commendatas satis, ac probatas, intelligent se esse, ubi iudicio tuo, longe quidem acerrimo, non displicuerint.

At quoniam materia, quam tracto, et ardua est, et multis olim seculis intentata iacuit, pronior ad veniam via relinquetur mihi in tanto rerum discrimine vacillanti, et interdum, si ita contingat, humana caligine cæcutienti. Neque enim quivis semper rem propositam acu tetigerit, ut in proverbio est, nec semper feriet quodcumque minabitur arcus. Siquidem et Plinius et Strabo et Mela, qui de Geographia tra-

diderunt, tam diversi plerumque abeunt, ut in gratiam nulla orationis persuasione revocari queant.

Adde temporum et bellorum, quæ supervenerunt iniuriam: qua factum est, ut non solum urbes quædam sint funditus perditæ, aliæ inminutæ, verum etiam nomina fere omnia mutata.

Sed quid ego sus Minervam? Nota sunt, nota, inquam, tibi hæc omnia, qui bonam orbis partem perlustraveris, ac eos omnes qui de Geographia scripserunt, diligenter perlegeris, Cristianissimi Gallorum regis exemplo, qui ut est studiorum amator, ita in hoc genere ad miraculum usque doctus.

Decet namque principes summos, qui orbi imperant, orbem nosse: decet et eos qui principibus famulantur, cum præsertim ad varias orbis partes (quod tibi, vel ab ipso principe est sæpius oblatum) legati mittuntur. Accedit ipsa cognitionis voluptas, qua et intellectus ornatur et animus suaviter afficitur: alioqui pecudum ritu, velut in deserto aberrabimus, nullam certam habentes viæ nostræ rationem.

Sed iterum ego noctuam Athenas? Cape igitur, o Præsul amplissime, Claudii Ptolemæi excellentissisimi Geographi opus utilissimum,

summa cura a me restitutum, ut tuo patrocinio deinceps nitatur teque solum Mæcenatem agnoscat.

Vale et sis perpetuo felix, Archipræsul illustrissime.

Viennæ, pridie Cal. Martii MDXLI.

APÉNDICE TERCERO

Capítulo de Miguel Servet sobre "España y su comparación con Francia„.

De Hispania et eius ad Galliam comparatione (1).

Hispania vini, frumenti et carnium copia vincitur a Gallia, eorum bonitate et sapore vincit. Pluviarum multitudine Gallia fæcunda, Hispani irriguis aquis plurimum utuntur, fossas seu rivulos a magnis fluminibus longissime trahendo. Septentrionalibus ventis et frigoribus hæc ut illa non fatigatur: unde oleum, mel, crocum, orizam, rubiam, minium, coccum, saccarum, spartum, libanotidem, lavendulam, limones, cappares, dactilos, citrea mala et punica, aliosque aromaticos fructus abundantius producit.

---

(1) Transcribo este capítulo geográfico de Servet de su edición de Tolomeo de 1541. Tanto en ésta como en la de 1535 se inserta al dorso del mapa antiguo de España.

Véase la pág. 116 y siguientes de este libro.

Hispanorum temperatura calidior sicciorque et color obscurus; Gallorum frigidior humidior, caro mollis et albicans color. Gallicarum fæminarum maior ad prolem fæcunditas quam hispanicarum. Grandioribus corporis membris Galli muniti, Hispani durioribus, arctissimo ad cingulum corpore.

Galli maiori ferocia quam arte pugnant, et plus virium quam consilii in bella ferunt; Hispani contra.

Est semper Hispania equorum pernicitate commendata, quos levis armaturæ equites tybiis contractis pulchre obsequitant, hastiludia et militares omnes actus sæpius quam Galli exercentes; sunt tamen Gallorum cataphracti equites in precio.

Galli ore libero, Hispani taciturni, qui dissimulare melius norint. Galli læti, alacres et in convivia proni, hypocrisim et gravitatem, quam servant subtristes Hispani, penitus refugiunt. Sunt, enim, Hispani in symposiis minus sociales, cerimoniosi, nescio quam severitatem affectantes, quod Galli non curant.

Merum potant Galli, Hispani multa aqua dilutum. Apud Gallos advenæ humanissime excipiuntur hospitiis, nullum eis denegatur officium, ad victum omnia parata proponuntur.

Apud Hispanos duriter et inciviliter, ut itinere fessus sibi sibum vicatim quærere cogatur. Id efficit quod Hispani non sunt in itineribus ita frequentes, noluntque tan largiter pro eduliis pecuniam effundere, nec ad servicia exhibenda ita sunt proni ut nec principi cuivis rusticus operam dignetur impendere, si visum non fuerit.

Hispanicus sermo gravior, Gallicus suavior. Elegantiori inter Hispanos oratione Castellani, latissimi populi utuntur; in Gallia vix scias, quæ ubs vere Gallice loquatur, ut sit sermo ille magis nobilium et curialium quam alicuius certi loci peculiaris. Est enim hispanicus sermo latino propinquior.

Latior solo Hispania, sed nom ita populosa; auro et argento ditior, sed non mercaturæ negociatione; nec tot redditus ex hac sicut ex illa regi colliguntur. Gallici soli nulla fere pars est ociosa, Hispanici plura sunt inculta et deserta loca. Aucupium et venatio maior in Gallia et plures altilibus, etiam, si carius emptis, vescuntur.

Ex Hispania in Galliam mercatores deferunt serici et omnis generis pannos, lanas, crocum, saccarum, orizam, oleum, alumen, grana tinctorum, gemmas et aromata ab Indis accepta.

Ex Gallia in Hispaniam frumentum, lineas telas, filum, glastum, quod et pastel vocant, libros et minutiora alia mercimonia plurima, ut gladios, specula, acus, etc.

Est in Hispania principum virorum, ducum, marchionum, comitum et varonum ingens numerus. In Gallia est quidem nobilium copia, sed maiorum dignitatum pauci admodum principes; quod regis opulentiam auget, qui solus omnia possidet. Duces numerantur in Hispania viginti, quorum cuiusque annuus census quinquaginta ac sexaginta ducatorum millia conficit. Marchiones viginti, tantundem fere reddituum percipientes, Comites sexaginta, quorum annuus redditus a decem ad viginti millia est ducatorum et aliquorum plus quam quinquaginta. Alii vicecomites, varones provinciarum præfecti, quos vocant *adelantados,* vicereges, gubernatores, *mariscales, alcaldes,* omnes principes viri, mihi sunt incomperti.

Sunt ordinum equitum magni Magistri, ut Sancti Iacobi, Alcantaræ, Calatravæ, Rhodiensium, Sancti Ioannis, Montesæ, equitum, quos vocant de Christus *(sic)* et alii cognomento d'Avis. Horum cuiusque redditus millia ducatorum est quinquaginta et plus.

Quoad ecclesiasticas dignitates superior nume-

ro est Gallia, nam archiepiscopos habet duodecim, episcopos nonaginta sex; Hispania archiepiscopos novem, episcopos quadraginta sex. Cardinalium in utraque par fere octonarius numerus, quod tamen non est pepetuum. Archiepiscopi vero sunt perpetuo novem, quatuor Castellani, Toletanus, Ispalensis, Granatensis et sancti Iacobi; duo Lusitani, Olisyponensis et Bracarensis; Cæsaraugustanus, deinde, Valentinus et Tarraconensis. Redditus horum maiores in Hispania, ut unica Toletana ecclesia ducenta millia ducatorum annuatim colligat, et solus Archiepiscopus octuaginta millia. Reliquorum omnium census et nomina describerem, nisi essem forsan lectori morosus.

Vice parlamentorum Galliæ, quatuor sunt in Hispania iuridici conventus, in Castella, Granata, Galicia et Navarra. Cæterum iurisperitorum et foro litigantium, multo maior in Gallia numerus. Fidei quos vocant inquisitores in marranos, hæreticos et sarracenos magnam sibi in Hispania vendicant autoritatem et severissime animadvertunt. Est aliud iustitiæ genus mirabile, quod vocant *hermandad;* est enim civium fraternitas iurata, ut in ictu campanæ ex urbibus singulis multa hominum millia prodeant et eum qui deliquerit per uni-

versam provinciam persequantur, nunciis cursoribus ad alias omnes civitates præmissis, ut pœne imposibile fuerit evadere. Deprehensum palo vivum alligatum sagittis conficiunt.

Regna fuerunt in Hispania Maurorum tempore plurima, nuper quinque reges totam obtinuerunt, Castellæ, Aragonum, Portugalliæ, Granatæ, Navarræ. Unus hodie Carolus Cæsar rerum omnium potitur, Portugallia excepta, quæ proprium habet regem.

Inquietus est et magna moliens Hispanorum animus, felicis sunt ingenii, sed infeliciter discunt, ut alibi potius quam in ipsa Hispania hispanum doctum invenias. Semidocti iam se doctos putant, sapientiam maiorem quam habeant simulatione et verbositate quadam ostentant, sophisticem plus satis diligunt, lingua hispanica, plus quam latina in Academiis loqui gaudent, quin et Maurorum vocabula plurima usurpant; tandem multis nominibus et consuetudinibus barbariem colunt. Ingenii sui monumenta ob linguæ defectum raro producunt et ipsi semper aliunde libros emendicant.

Illud certe barbarum a Gallis censetur quod hispanicæ feminæ aurea vel argentea virgula aurium ima perforant, gemma aliqua ut plurimum appensa. Ligneo etiam circulo aut nescio

quibus clitellis ventrem ambiunt, ut latiore incessu pomposiores appareant, nec domo egrediuntur nisi famulorum præcedentium et ancillarum sequentium comitante caterva; gallicæ vero simpliciter et una vix pedissequa comite. Utuntur etiam hispanicæ fæminæ crepidis altitudinis interim pedalis et sesquipedalis, ut quasi super turres ambulare videantur. Illud in hispanicis fæminis laudandum, quod priscarum romanarum instar, vino plurimum abstinent; illud vituperadum, quod collyrio, minio et cerusa faciem deformant, quia nativo colore sunt minore quam gallicæ.

Habentur etiam hispani in religionis ritibus supra mortales omnes superstitiosi; per regis solium et eius vitam gentilitio more iurant et oscula manuum in salutationibus suplicant.

Nomen aliquod a paucis annis bellica fortitudine Hispani sunt adepti, plurimis ab hoste partis victoriis, ut qui laborum, sitis, et famis in acie sunt tollerantissimi, et in stratagematibus cautissimi, levi corpore, ut facile hostem fugiant et sequantur. Frugalis vitæ, sicut et itali, nec tantum cibi et potus ut galli et germani absumentes, nisi sint invitati, nam tunc se ad saturitatem explent eduliis, quia rara eis et maiori aviditate accidunt convivia.

Oceani navigationibus ad incompertas regiones toto orbe sunt clarissimi. Versus meridiem, Africæ fines primi circunnavigavere adusque Calecut et alias Orientis insulas: quod iter Lusitanorum sive Portugallensium est peculiare. Ad occidentem Castellani progressi, post insularum auro divitum multitudinem, quam invenere et imperio suo subiecere, ad ipsum etiam Orientalis Indiæ continentem sunt perducti: in quo in dies magis et magis lustrando persistunt. Regionum quoque quæ sub Australi polo sunt, notitiam nuper adepti.

APÉNDICE CUARTO

Noticia sobre el descubrimiento de América según la edición de Tolomeo, publicada por Servet en el año 1535.

* Cristophorus Columbus, natione italus, patria genuensis, gente Columba, vir erat *mediocri* statura, colore ad rubedinem inclinato, facie oblonga. Is *eo animo regiam Hispaniarum regum* adivit, ut hactenus inaccessas orbis partes perquam diligenter peragraret *ac detegeret.*

Petiit proptera rursus et iterum instantissime ab rege memorato, ut voto tam pio non deesset. Futurum ei et toti Hispaniæ decus præclarum adserebat, si sua opera et impensa novas inaccessasque regiones nactus foret; et ad id opus navandum ultro se offerebat. Nam pollicebatur plures posse nancisci in occiden-

---

* Se encuentra este capítulo al dorso del mapa del Nuevo Mundo, es decir, del mismo de que doy reproducción fotográfica en el presente libro (página 104).

Dicho mapa es reproducción del publicado en la edición Pirckheimer de 1525, el cual, a su vez, es una copia con ligeras variantes del inserto en la edición de 1513, a que queda hecha referencia en la pág. 56.

te insulas et continentem, quæ ad usum, imo ad delicias mortalium minime forent ineptæ.

Et imprimis in his insulis, quæ conterminæ sunt Indiæ, inveniri posse arbitrabatur baccas, id est, uniones, lapides preciosos fere omne genus, necnon aromata omnifariam, aurique plurimum *et argenti.*

Hæc meditatem rex et regina identidem derisere, utpote cogitantem inania et pensi nullius, vertebaturque hic sermo prope in fabellam. Tandem peractis annis octo, *cum se alio Columbus conferre vellet,* cæpit rex his sermonibus aures præbere attentiores, decrevitque experiri viri ingenium; proptera in effectum huius celebris instituti, iussit liburnicam unam et celoces duas, omni annonæ armamentorumque genere communiri.

Quibus expeditis prima Septembris luce M.CCCCXCII diu optatum iter aggressus, *solvit* a *portu, Palos vulgariter ab Hispanis nuncupato,* iter faciens versus Insulas Fortunatas, quas nunc Hispani appellant *Canarias,* ob id, quod canibus olim maxime *abundarent,* antiqui vero Fortunatas dicebant. Hæ enim absunt a Gadibus *leucas CC,* prout ipsi computant suas leucas, dantes unicuique lencæ *4 miliaria.* Fortunatas proptera eas dixere, ob aeris mi-

ram temperiem, calique clementiam, Sunt in climate per Sienem, *inter occidentem et meridiem,* eas *incoluerunt* ferinæ gentes, quibus nulla *fuit* religio, nullus Dei timor, nulla verecundia, utpote qui nudi *incedebant* usquequaque.

Eo Columbus concessit, aquæ nonnihil sumpturus, ut vel inibi socii prius parumper conquiescerent quam atrocioribus *se crederent* laboribus; nam qui sulcant maria incomperta, his necesse est prope labores innumeros exanclare.

Solvens igitur illinc arabat maria et per dies xxxiij toitidemque noctes navigans versus occidentem, tandem *ipsemet Columbus prima noctis vigilia insulam quandam conspicatus est.* Proprius accedentes, videre insulas sex, *quibus perlustratis, duas novissime vastissimas reperit,* eisque nomina indidit, alteram Hispanam, Ioannam alteram nuncupavit.

Ioannam non satis compertam habuere utrum foret insula vel ne, dum tamen eius latera legunt, audivere innumeros avium concentus et imprimis lusciniarum, quæ densissimis nemoribus inerrabant mense novembri. Inibi etiam conspexere limpidissima flumina, eademque potui suavissima, portus magnos ce-

lebresque. Et cum vento Choro navigarent, provecti sunt magis secus insulæ littora, nusquam tamen ad calcem pervenere. Cum igitur progressi fuissent fere *miliaria 500, leucas vero 125,* et nullum terminum adhuc comperissent, credidere continentem fore; proptera decrevere gradum referre, impellente pelagi sævitia, nam malus, id est, arbor navis, nutare incipiebat.

Convertit itaque navem ad orientem, et mox devenere ad eam insulam, quæ dicitur Hispana, et cum summe appeterent terram *ac septentrionale latus explorarent,* iam limiti terræ appropinquantibus, ratis maxima in scopulum quendam collisa est, adeo ut iam deshisceret, verum submergi nequivit, ob planitiem saxi; mox accurrunt cum cymbis viri celocis alterius et socios e faucibus Neptuni eripuere, fere moribundos.

Cum terræ apulissent, conspecti sunt ab incolis eius insulæ, qui protinus effuse fugerunt in nemora densissima, non aliter quam si fugacem leporem consectaretur canis genus inauditum. Nostri tum vestigia insequuntur, fugientium et mulierem quandam corripuere, quam cum ad naves reduxissent vino et obsoniis prope distentam et eleganter vestitam, mi-

ssam faciunt; nam ipsi nudi incedunt et humaniores omnino ignorant delicias. *Ibique erecta turri 39 ex sociis in custodiam et possessionem novi orbis a se inventi dimissis, cum reliquis duabus celocibus, idem Columbus in Hispaniam se contulit, ubi honorificentissime a regibus receptus, vice rex et almirans ac gubernator dicti novi orbis eorum iussu ab omnibus salutatur; iterumque reversus continentem et alias quamplurimas insulas adinvenit, quibus nunc Hispani felissime dominantur.*

Toto itaque, quod aiunt, aberrant, cælo, qui hanc continentem Americam nuncupari contendunt, cum Americus multo post Columbum eandem terram adierit, nec cum Hispanis ille, sed cum Portugallensibus, ut suas merces commutaret eo se contulit (1).

---

(1) En este capítulo sólo pertenecen a Servet los párrafos y palabras que he hecho imprimir en letra cursiva. El resto es reproducción de ediciones anteriores.

En todo el capítulo se contienen no pocas inexactitudes, como podrán apreciar los lectores ilustrados.

ÍNDICE

Páginas.

AL LECTOR..... 5

I.—Palabras preliminares.—Objeto y plan de este trabajo..... 7

II.—Caracteres generales de la geografía durante los siglos XV y XVI.—El resurgimiento de la geografía greco-romana y el descubrimiento de América..... 17

III.—Extraordinaria importancia concedida a Tolomeo por los escritores renacentistas: sus causas..... 33

IV.—Los escritos astronómicos y geográficos de Tolomeo durante la Edad Media... 41

V.—Primera versión latina de la «Geografía» de Tolomeo: su trascendencia; sus defectos.—Perfeccionamientos de la misma hasta Miguel Servet.—Edición de 1535, preparada por el sabio español.. 49

VI.—Datos biográficos del geógrafo aragonés. Amplitud de su cultura.—Inconvenientes de la especalización excesiva..... 67

Páginas.

VII.—La obra geográfica de Servet.—Su segunda edición de Tolomeo.—Servet y la Geografía antigua.—Influencia de esta parte de sus estudios en Munster y Abraham Ortelio..... 81

VIII.—Laudable concisión de los escolios de Servet a Tolomeo.—Alusiones históricas y literarias..... 89

IX.—Otros aspectos de los escolios de Servet. La Geografía y la Astronomía.—La Geografía y la Historia.—Los mapas de las ediciones de 1535 y 1541.—Servet y la metodología geográfica.—Su erudición clásica y moderna..... 95

X.—Servet y la Geografía Descriptiva.—Su retrato de los españoles.—Sus descripciones de diferentes países.—El pasaje sobre la Palestina.—Impugnación de Munster y Servet por el humanista lusitano Damián de Goes..... 111

XI.—Juicio general sobre la personalidad geográfica de Miguel Servet..... 125

XII.—Valor político de la geografía según Servet.—Consideraciones finales..... 133

NOTAS..... 143

APÉNDICES

APÉNDICE PRIMERO.—Prólogo de la edición de Tolomeo de 1535..... 171

Páginas.

Apéndice segundo.—Dedicatoria de la edición de Tolomeo de 1541..... 179
Apéndice tercero.—Capítulo de Miguel Servet sobre "España y su comparación con Francia,, 187
Apéndice cuarto.—Noticia sobre el descubrimiento de América según la edición de Tolomeo, publicada por Servet en el año 1535.. 197

FOTOGRABADOS

Portada de la edición de Tolomeo de 1535..... 62
Portada de la edición de Tolomeo de 1541..... 84
Mapa del Nuevo Mundo, incluído en la colección cartográfica de las ediciones de Tolomeo, publicadas por Servet en 1535 y 1541..... 104

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00039905638